

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

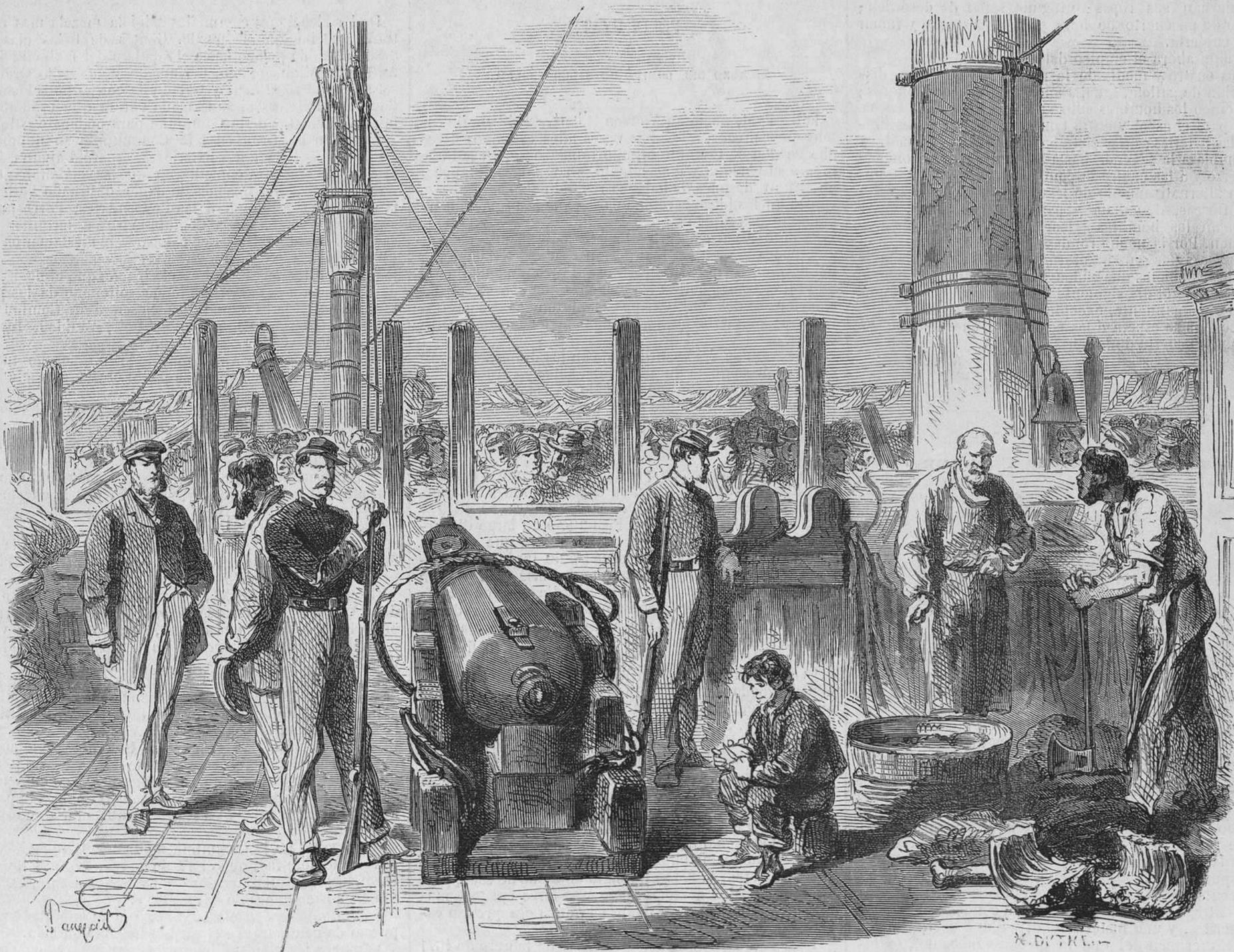


1871. — Tomo XXXVIII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 30. — N° 967.

Administracion general y Redaccion: Passage Saulnier, número 4, en Paris.



Los insurrectos prisioneros en los puertos. — Aspecto del trasporte *la Marne* en la rada de Brest.

## SUMARIO.

Los prisioneros de la insurreccion en la rada de Brest; grabado. — Los hombres de la Commune. — Los correos aéreos durante el sitio de París. — Sucesos de Italia: El rey Víctor Manuel en Roma; grabado. — La Colonia artística de Chailly del Bosque; grabado. — Revista de París. — El palacio de Tullerías; grabados. — El orgullo de un hombre. — Los hombres de la Commune; grabado. — Bernabé Budge. — Estado actual del puente de Argenteuil en las cercanías de París; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.

## Los prisioneros de la insurreccion

EN LA RADA DE BREST.

Nuestro primer dibujo de este número representa el transporte la *Marne* cargado de prisioneros y fondeado en la rada de Brest. En todo buque de guerra la parte de popa está reservada á la plana mayor y á los hombres de servicio, y lo restante del puente es para la tripulacion. Las mismas disposiciones se observan aquí, con la diferencia de que la separacion es mas completa, gracias á una fuerte barrera que guardan dos centinelas de infantería de marina. Al pié del palo mayor se distingue una montaña de carne salada, y luego están los cocineros muy ocupados, y entre ellos hay un insurrecto de unos diez años.

Algunos prisioneros circulan sobre cubierta con toda libertad, lo mismo que en el interior del buque. Hay hombres de rostro inteligente, de buena educacion; que parece imposible pertenezcan á la banda de los incendiarios. ¡Qué terribles errores, que dolores sin nombre engendran las guerras civiles!

Todo el mundo se compadece á bordo del buque de tales miserias, y se trata de suavizar en lo posible la suerte de los prisioneros.

Bajemos á las baterías, ó mejor dicho, á los entrepuentes de la *Marne*. Aquí no hay camarotes, sino la batería cerrada en sus dos extremos por una barrera guardada por centinelas de marina; las troneras están abiertas para la ventilacion, los hombres trabajan, leen y gobiernan sus ropas; ninguna señal de desorden; dentro de un cuarto de hora podrán pasearse y fumar sobre cubierta.

Hé aquí ahora el empleo del día:

A las cuatro y media de la mañana zafaracho, distribucion de galleta, igual racion que á los marineros; á las cinco los hombres suben á cubierta por medias baterías para el aseo, y entre tanto las otras mitades limpian las baterías; á las siete baja la primera escuadra y la reemplaza la segunda hasta las nueve; á las once el almuerzo y á las cuatro la comida. Las comidas se componen alternativamente de legumbres y de carnes saladas ó frescas, de galleta y pan; no se da vino. A las seis bajan los hombres á las baterías y á las siete se acuestan. Por la noche rondas frecuentes.

Dos veces por semana el sargento de armas tiene la lista de los objetos que piden los prisioneros, recibe el dinero y trae al día siguiente las compras que ha autorizado el comandante, excepto vinos y aguardientes.

Hace días se espera á los comisarios que deben decidir sobre la suerte de los prisioneros.

A. P.

## Los Hombres de la Commune.

XV.

VÉSINIER,

SECRETARIO DE LA COMMUNE.

Esta criatura deforme y antipática; jorobado y patizambo, de color lívido, ojos redondos y narices aplastadas, que debía pasar su vida maldiciendo y denigrando, fué recogido por Eugenio Sue para que le sirviese de secretario. Al menos así lo ha dicho él mismo, pues el público le atribuya un cargo menos honroso. Vésinier pagó la buena acción de Sue, usurpándole el plan de sus novelas, que publicó despues de la muerte de su amo. Son los *Misterios del mundo*, como continuacion á los *Misterios del pueblo*, y los *Trabajadores del abismo*. Creemos inútil decir que la ejecucion y la firma de Vésinier fueron poco propicias á las ideas de Sue y que las dos obras no tuvieron éxito alguno.

Despues de la muerte de Sue, el jorobado, que no tenía recursos, vivió de diferentes industrias, y finalmente se entregó al folleto político. Una condena por uno de sus escritos, y una historia relativa á una usurpacion de menores (crimen del que le creemos inocente), le hicieron salir de Francia y pasar á Inglaterra de 1860 á 1862.

El odio de Vésinier habia encontrado un blanco al que dirigir sus tiros. En los *meetings* de Londres se hizo notar por sus insultos á la familia imperial, y sirviéndose de la pluma como de la palabra, escribió algunos folletos obscenos y asquerosos, siendo el mas conocido: *le Mariage d'une espagnole*, que Vésinier, poco escrupuloso en los medios, firmó con las iniciales M. de R., que hicieron que se atribuyese á madama Rattazi.

En Londres se hizo principal adepto de la Internacional y amigo de Kari Marx, y volvió á Francia algunos días antes del 4 de setiembre, al mismo tiempo que Assi.

Fué uno de los fundadores del club de la sala *Ragache* y visitó con frecuencia los de la *Reine Blanche* y de la *Marsellesa*. En uno de estos clubs fué donde atacó á Sevrailles y le acusó de robo.

Formó parte del comité central, ó al menos asistió á sus sesiones, pero no tomó parte en ningun movimiento y esperó que la revolucion fuese victoriosa para presentarse.

El 24 de marzo tomó el título de redactor en jefe del *Journal officiel*, pero dos días despues fué echado por el director Lebeau. En las elecciones del 26 se presentó como candidato en el primer distrito, pero no fué elegido.

Vésinier se consoló fundando el *Paris libre*, que apareció el 11 de abril y empezó á publicar dos folletines del ciudadano P. Vésinier. Uno era esa série de escenas inmundas titulado *Mariage d'une espagnole*, y el otro los *Proscrits du XIX siècle*, de que ningun editor habia querido encargarse.

En fin, el 16 de abril, los deseos de Vésinier se encontraron satisfechos, 2,626 electores le enviaron á la Commune, donde no olvidó sus intereses. Amoureux, que apenas sabia escribir, nombró á Vésinier secretario de las sesiones, y en el arreglo de las comisiones se encontró en la de servicios públicos.

Vésinier votó por el comité de salud pública, y ocupado con sus obras, su periódico y sus intereses, tomó poca parte en las discusiones de la Commune. A él se deben la mayor parte de las medidas de proscripcion tomadas contra las iglesias y las casas religiosas.

Vésinier ha sido un objeto constante de burla y sin embargo, tuvo una gran influencia al principio de la revolucion, debiendo esta autoridad á su periódico, órgano del comité central.

XVI.

FÉLIX PYAT,

MIEMBRO DEL COMITÉ DE SALUD PÚBLICA.

Félix Pyat, nació en Vierzon (Cher), en 1810. De inteligencia precoz, á los diez y seis años estudiaba derecho en París. Con un orgullo inmenso que cuadraba bien á su persona y á su talento, en vez de permanecer en el foro, despues de haberse recibido abogado, abrazó con ardor las ideas revolucionarias que le prometian un porvenir mas rápido.

Se entregó en cuerpo y alma al periodismo, y desde esta época empezó á manifestarse su exagerado amor por el obrero. No tuvo otro Dios, ni otro cuidado que el obrero, el trabajador de las ciudades que con cierta instruccion, se deja engañar por las promesas humanitarias y se convierte en la víctima de todas las revoluciones.

Este amor se dejó sentir hasta en los dramas de Pyat; este mártir se quejó durante cinco actos en el drama los *Dos cerrajeros*, y no fué olvidado en las obras dramáticas del futuro miembro de la Commune: *Une révolution d'autre fois*, *le Brigand et le Philosophe*, *Ango*, *Arabella*, *Cédric le Norvégien*, *Mathilde*, *Diogene* y *le Chiffonnier*.

En 1848, el gobierno provisional le nombró comisario extraordinario en Cher, su departamento. Fué nombrado diputado en la Asamblea legislativa de 1849 y formó parte de la montaña. Pronunció un largo discurso para reclamar la libertad de la prensa, que violó en 1874; firmó á causa de las jornadas de junio, una protesta tendiendo á alejar el ejército de París y á regimenter todos los ciudadanos en la guardia nacional; tambien es de notar un discurso contra la eleccion de un presidente y el discurso sobre el famoso derecho al trabajo, esa simpleza que tanto gusta á los que no quieren trabajar.

El 10 de junio se encontró mezclado en el complot; habia firmado la protesta de los 148 diputados de la izquierda y siguió á Ledru-Rollin al conservatorio de Artes y Oficios. Sabido es que la cosa acabó con la evasión de Ledru-Rollin y de Pyat, que se refugió primero en Suiza, luego en Bélgica, y últimamente en Inglaterra. Al advenimiento de Luis Bonaparte, Pyat prometió la mitad de su fortuna al que matase al emperador.

Publicó en el destierro dos volúmenes: *Loisirs d'un proscrit* y *Lettres d'un Proscrit*. En 1858 hizo la apología del atentado de Orsini, y fué traducido, por este hecho, ante los tribunales ingleses, que no creyeron deber condenarle. No se fió de la amnistía de 1859, pero en 1869 escribió á Victor Hugo una larga epístola manifestándole, que para salvar la Francia era preciso estar en Francia.

Fué elegido en las elecciones del 8 de febrero de 1874 y se trasladó á Burdeos. Pyat fué el primero que presentó su dimision, aunque á medias. Los electores del déci-

mo distrito le mandaron á la Commune. Allí acabó por dar su dimision. Pero el viejo republicano que por conservar intactos sus principios habia soportado el destierro y desafiado la prision, no pudo resistir á una diputacion de ciudadanas que le demostró era necesario á la felicidad de los comunistas, y el galante Pyat apareció de nuevo en el Hotel de Villa.

Formó parte primero de la comision ejecutiva, pero donde mas figuró fué en el comité de salud pública, por el que habia votado. Tan luego los soldados pusieron el pié en París, Pyat desapareció, como era natural.

En el tiempo del romanticismo Pyat fué un Grousset, pero un Grousset de genio. Sus artículos hacian época en los periódicos, y París acudia delante de los teatros en que se representaban sus piezas. A los veinte y un años tenia ya celebridad, y su belleza era cosa admitida; se decia hermoso como Pyat. Su estilo notable, sobre todo por la precision de la palabra y una admirable fecundidad, que sonaba mal en la boca de los traperos, parecia inspirado por Victor Hugo; su semejanza era, si se quiere, demasiado cercana, pero sin embargo, su estilo tenia un carácter distinto, para ser apellidado original.

Sus obras y su fisonomía habian, pues, valido á Pyat la simpatía que se tiene por todo lo bueno, moral ó físicamente. Si la exageracion de su radicalismo aminora esta simpatía en la multitud, el respeto debido á los desterrados restablece el equilibrio.

El Pyat del 48 condena al Pyat de 1874. El hombre que protesta contra las violencias del imperio juzga al que ayudó á las violencias de la Commune.

A propósito de Pyat se cuenta la siguiente anécdota sobre su evasión de París.

Félix Pyat se ha escapado disfrazándose de eclesiástico, y en su viaje de París á Suiza ha dicho misa el 24 de mayo en Nogent-sur-Marne, y el 26 en Villeneuve Saint-Georges. Otro comunista llamado Dacosta, disfrazado de abate, le ayuda la misa. Despues de la misa recomendaba los rezos por el descanso de las almas de las víctimas de la Roquette.

XVII.

PASCUAL GROUSSET,

DELEGADO DE LAS RELACIONES EXTERIORES.

De las elecciones comunales salió la mezcla mas extraña que imaginarse puede. Gentes de todas clases; desde el noble polaco hasta el zapatero del faubourg San Antonio; así el coqueto, perfumado y guantado Grousset se encontró al lado y tratado de colega por el sucio Courbet y toda esa clase llamada obrera que esperaban los emolumentos de la Commune para poderse vestir.

La union de Grousset á la Commune y su nombramiento á las Relaciones exteriores, esparció alguna alegría en la siniestra comedia en que se elaboraba tan terrible desenlace. Despues de haber destinado Vallés á la enseñanza y Pilotell á las Bellas Artes, París pudo creer que el sueño de la Commune iba á terminar en carnaval viendo á Grousset colocarse modestamente en las Relaciones exteriores.

Con admiracion se leyó en el *Officiel* que el delegado de las Relaciones exteriores habia solicitado de las potencias extranjeras que reconociesen á la Commune. Juzgar á Grousset es bastante difícil; vanidad, rostro bello y buen vestido; hélo todo.

Grousset nació en Ajaccio en 1845, no porque fuese hijo de padres corsos, pero su padre era en esta ciudad provisor del colegio. Sus ensayos literarios en el *Figaro* y en el *Etendard* fueron poco notados, probablemente porque no eran notables. Lo que le puso en evidencia mas que nada, fué el papel que jugó en el asunto de Pedro Bonaparte.

Formó parte de la redaccion de la *Epoca*, en que le introdujo el sastre Dusautoy, seducido por la elegancia y afectacion del joven literato.

Entrado en la *Marsellesa* algun tiempo antes de su súbita popularidad, reemplazó en la direccion de la *Marsellesa* á Rechefort, arrestado por un artículo sobre la muerte de Victor Noir.

Grousset fué enviado á la Commune por 13,359 electores del XVIII distrito. Grousset habia fundado en un principio la *République universelle*, que no prosperó y la reemplazó con el *Affranchi*, que murió por causa idéntica.

Estando Grousset en las Relaciones exteriores, le jugaron una broma digna de ser mencionada. Un embajador llegado de la República del Ecuador, vino á turbar la soledad de su ministerio y á anunciarle que su gobierno reconocia á la Commune. Una nota anunciaba el hecho en el *Officiel* del siguiente día, y aun no habian salido de su asombro los comunistas, cuando una carta de M. de Bustamante, vice-cónsul del citado país, anunció que no existia en Europa embajador alguno del Ecuador.

Sus hechos en la Commune no merecen mencion, y el mas notable fué, que el 17 de mayo, despues de un largo discurso que le acaloró considerablemente, exclamó en un momento de entusiasmo:

— Permaneceré hasta la victoria ó la muerte en el puesto de combate que el pueblo nos ha confiado.

¡Amarga irrisión! ¡El elegante, aunque no cobarde, no se presentó en la batalla y fué encontrado en traje de mujer, para evadirse mejor!

## Los Correos aéreos

DURANTE EL SITIO DE PARIS.

(Conclusion.)

Completamos aquí el cuadro del servicio de la posta aérea durante el sitio de Paris, servicio organizado por M. Rampont, director de Correos.

## 27. — GENERAL UHRICH.

2,000 m., primer viaje nocturno. Llevaba á Bienbon y á Chaponel, francos-tiradores, á Thomas, dueño de palomos, y 60 kil. de cartas. Estacion del Norte, 48 de noviembre, á las 11 y 13 de la noche, con un viento sud. El globo vuelve á Paris, y cae luego en Luzarches, el 49, despues de haber estado 8 h. 45 m. en el aire. Guiado por Lemoine, padre, aeronauta. Globo perdido. Los aeronautas llegan con despachos á Gournay.

## 28. — ARCHIMEDE.

2,000 m., con Saint-Valry, redactor del *Constitutionnel*, y Jaudas, fotógrafos; 220 kil. de cartas y 5 palomos. Estacion de Orleans, 21 de noviembre, á las doce de la noche; cae cerca de Amberes, á las seis de la m. Guiado por Buffet, marino, discípulo de Eugenio Godard. Al oír hablar flamenco, los viajeros se creen prisioneros de los alemanes.

## 29. — ÉGALITÉ.

3,000 m.: el mayor de los globos que han salido de Paris. Expedicion emprendida á beneficio de una sociedad particular, y que demostró la inutilidad de los viajes nocturnos. Llevó 3 viajeros, 42 palomos y correspondencias particulares. Fábrica de gas de Vaugirard, 24 de noviembre, á las 11 de la noche; cayó á las 2 y 45 de la tarde en Lovaina (Bélgica); 210 kil. en 2 h. 45 m. Guiado por W. de Fonvielle, autor de la *Science en ballon*, y Bunelle, su discípulo. Fonvielle marcha á Londres á hacer propaganda antiprusiana. Brunelle fué nombrado director de la estacion aeronáutica de Lille. Los palomos se regalaron al Estado.

## 30. — VILLE D'ORLEANS.

2,000 m., con un franco-tirador, 250 kil. de cartas y 6 palomos. Estacion del Norte, á las 11 de la noche; cayó cerca de Cristiania (Noruega), á las 2 de la tarde, el 25, despues de haber estado 45 horas en el aire. Globo extraviado en el mar y que se salvó milagrosamente. Se dejó en regalo á los habitantes de Cristiania. 600 kil. en 45 horas. Una de las travesías mas largas y rápidas que se conocen. Correspondencia retrasada ocho dias.

## 31. — JACQUARD.

2,000 m., con 250 kil. de cartas. Guiaba Prince, marinero, discípulo de E. Godard. Se perdió en el mar y se ahogó el aeronauta. Se encontraron maletas de cartas flotando cerca de las costas de Cornouailles. Salió el 30 de noviembre, á las 11 de la noche.

## 32. — JULES FAVRE.

Segundo del mismo nombre, 2,000 m., 50 kil. de cartas y diez palomos; con M. Ducauroy, oficial de marina. Salió de la estacion del Norte el 30 de noviembre, algunas horas despues del *Jacquard*, que cayó en Belle-Isle del Mar, á las once y media de la mañana. Habiéndose salvado milagrosamente de la misma suerte del *Jacquard*, el *Jules Favre* cayó cerca de la casa del hermano del general Trochu. Llevaba noticias de la gran salida que se habia dispuesto. Guiado por Martin, comerciante, herido en la bajada. Distancia 580 kil. Ejemplo del peligro de las expediciones mandadas por aeronautas inexpertos.

## 33. — BATAILLE DE PARIS.

2,000 m. c., con Lissajoux, físico distinguido, y un pasajero. Salió de la estacion del Norte á las cinco y cuarto de la madrugada, y cayó en Grand-champ (Bretaña), á las doce del dia. 431 kil. en 6 h. 45. Bajada peligrosa á la vista del mar. Guiado por Poirier, gimnasta.

## 34. — VOLTA.

2,000 m. c.; globo que pusieron á la disposicion de M. Jansens, astrónomo, encargado de una mision de la Oficina de Longitudes, para observar el eclipse total del

sol. M. Jansens llevaba telescopios. Salió de la estacion de Orleans el 12 de diciembre, á las seis de la madrugada, y llegó á Savenay (Loire-Inferior), á las once de la mañana. Bajada trabajosa pero feliz, gracias á las precauciones que tomó M. Jansens, haciéndose dueño del mando. Los astrónomos ingleses habian obtenido un salvo-conducto por M. Jansens, que él no quiso aceptar. 446 kil. en 6 h. 30 m.

## 35. — FRANKLIN.

2,000 m. c., con el conde de Andrecourt, comandante de Estado Mayor del general Trochu. 4 de diciembre, de la estacion de Orleans, á la una de la madrugada; cayó cerca de Nantes, á las ocho. 440 kil. en 7 h. Guiado por Marcia, marino, discípulo de E. Godard. Llevaba la noticia de la toma del monte Avron, que tuvo efecto la víspera. Salida nocturna precipitada.

## 36. — ARMÉE DE BRETAGNE.

2,000 m. c., con Alavoine, antiguo condenado político, nombrado cónsul de Francia en Jersey, 5 de diciembre, estacion del Norte, salida antes de amanecer, 490 kil. de cartas y palomos. Cayó en Bouillet (Deux-Sevres), á las once de la mañana. 402 kil. en 5 h.; aeronauta herido en la cabeza.

## 37. — DENIS PAPIN.

2,000 m. c., con Montgaillard, Delord y Robert, inventores de bolas de zinc con aletas para el tránsito de cartas por el Sena. Las experiencias salieron mal, pero el sistema parece racional, pues en el mes de mayo se ha encontrado en las costas de Normandía uno de los aparatos Delord, que habia seguido sin tropiezo el curso de los afluentes y del Sena. Aun contenia 2,500 cartas en el mejor estado de conservacion. 55 kil. de cartas, tres palomos. Salida de la estacion de Orleans el 7 de diciembre, á la una de la madrugada, y llegada á las siete. 244 kil. en 6 h. Guiado por Domalain, marino.

## 38. — GENERAL RENAULT.

2,000 m., con Larmanjat, ingeniero, inventor de un motor eléctrico, y otro pasajero; 400 kil. de cartas y doce palomos. Estacion del Norte, 11 de diciembre, á las 2 y 45 de la madrugada; bajada cerca de Ruan, á las cinco y media. 430 kil. en 3 h. 45. Mala bajada. Guiado por Joigneray, gimnasta de la estacion del Norte.

## 39. — VILLE DE PARIS.

2,000 m. c., con Billebault, miembro del consejo general del Yonne, y Luciano Morel, periodista. Estacion del Norte, 15 de diciembre, á las cuatro de la madrugada. Bajada en Prusia, en Wetzlar, á la una de la tarde. 510 kil. en 8 h. Globo capturado, cuerpos y bienes, con 35 kilos de cartas y palomos; Morel internado en Versalles. Guiado por Delamarne, aeronauta, autor de un globo-pep. Delamarne dice que se escapó, y se presenta en las avanzadas francesas con su uniforme. Se duda de la verdad de su relacion. Wetzlar es una ciudad donde ejecutaron ascensiones los aeronautas de la primera República.

## 41. — PARMENTIER y 42 GUTTEMBERG.

Lanzados al mismo tiempo de la estacion de Orleans, el 17 de diciembre. El *Parmentier* sale á la 4 y 45, y el *Guttemberg* á las 11 y 30. Entrambos caen á eso de las nueve en el departamento del Marne, el uno en Gourgangon y el otro en Montpreux. 430 kil. en ocho horas y media. Entre los dos llevaban 200 kil. de cartas y unos diez palomos. Tambien llevaban una órden para el general Faidherbe, mandando que hiciera un movimiento agresivo para facilitar una gran salida. El *Parmentier*, guiado por Paul, marino, tenia á bordo á M. Lepere, franco-tirador, amigo particular del general Trochu, y á un pasajero. El *Guttemberg*, guiado por Perruchon, marino, tenia á bordo á M. de Almeida, profesor de física y miembro de una comision de defensa nacional, que debia coordinar los esfuerzos para comunicar con Paris. Faidherbe advertido á tiempo por Lepere, intentó la diversion. Lepere llevaba una señal de reconocimiento y una mision verbal. Excelente ejemplo de la utilidad de los globos en la guerra.

## 42. — DAVY.

Globo viejo de 4,000 m., comprado á M. Godard, con Deschamps, pasajero, y 25 kil. de cartas. Salió á las 5 de la mañana de la estacion de Orleans. Cayó en Chunev, cerca de Beaune, á 345 kil. de Paris, guiado por Chaumont, marino, discípulo de Godard. Salió el 18 de diciembre.

## 43. — GENERAL CHANZY.

4,000 m., guiado por Werrecke, gimnasta de la esta-

cion del Norte. Salió el 20 de diciembre, á las 2 y media de la madrugada, y llegó á Rossenberg (Baviera) á las 10 y 45 de la mañana, capturado por los alemanes, con 25 kil. de cartas, cuatro palomos y tres viajeros. El objeto de esta expedicion era enviar buzos á las provincias para que trataran de volver por el Sena.

## 44. — LAVOISIER.

2,000 m. c. Estacion de Orleans, 22 de diciembre, á las 2 y 30 de la madrugada, con R. de Boisdreffre, oficial de Estado Mayor del general Trochu. Cayó en Beaufort (Marne-et-Loire) á las nueve de la mañana. 280 kil. en seis horas y media.

## 45. — LA DELIVRANCE.

2,000 m., con Reboul, inventor de las bolas de vidrio para arrojarlas al Sena abandonándolas á la corriente del agua; en ellas debian venir cartas. El diámetro de las bolas era tan diminuto, que ciertamente habrian podido pasar por entre las redes prusianas; pero las heladas fueron obstáculo á la experiencia. Estacion del Norte, 23 de diciembre, á las 3 y 30 de la madrugada. Cayó en la Roche (Morbihan) á las 11 y 45. 560 kil. en 8 h. y 30. Guiado por Gauchet, comerciante.

## 46. — ROUGET DE L'ISLE.

2,000 m., con Garnier, pasajero, cartas y palomos. Salió de la estacion de Orleans á las 3 de la madrugada, y cayó en Laferté-Macé, cerca de Alençon (Orne) á las nueve de la mañana. 250 kil. en 6 h. Guiado por Jahn, marino, discípulo de Eugenio Godard.

## 47. — MERLIN DE DOUAI.

Este globo, de 2,000 m. c., fué comprado por M. Tarbé, hermano del director del *Gaulois*. Guiado por M. Grisot, capitan de francos-tiradores, que jamás habia viajado en globo. Salió de la estacion del Norte á las cuatro, y llegó á Massay (Cher), cerca de Vierzon, á las 11 y 45 de la mañana. 206 kil. en 8 h. 45 m.

## 48. — TOURVILLE.

2,000 m., con dos pasajeros, 460 kil. de cartas y cuatro palomos. Salió de la estacion de Orleans á las cuatro de la madrugada. Llegó á Eymoutiers (Haute-Vienne), á la una de la tarde. 428 kil. en 7 horas. Guiado por Montet, marino, discípulo de Godard.

## 49. — LE BAYARD.

2,000 m., con Ducoux, ex-prefecto de policia. Estacion de Orleans, el 29 de diciembre, á las cuatro de la madrugada. Llegó á Lamothe-Achard (Vendée) á las once y 40 m. 440 kil. de cartas y cuatro palomos. El globo llegó al mar, pero volvió á tierra, gracias á una corriente. 438 kil. en 7 h. 40 m.

## 50. — ARMÉE DE LA LOIRE.

2,000 m. c. Este globo no llevaba mas que al aeronauta Lemoine, hijo, con 250 kil. de cartas. Salió de la estacion del Norte el 30 de diciembre, á las cinco de la madrugada, y llegó al Mans (Sarte) á las 2 y cuarto. 244 kil. en 7 h. 44. Cayó á la vista del ejército del Loira, cuyo nombre le habian dado.

## 51. — NEWTON.

2,000 m. c. Pasajero A. Brousseau, alférez de artillería, delegado del gobierno, con 340 kil. de cartas y cuatro palomos. Salió el 4 de enero á las cuatro de la madrugada, y cayó en Digny (Eure-et-Loir), en pais ocupado por los prusianos. Guiado por Ours, marinero, discípulo de Godard.

## 52. — DUQUESNE.

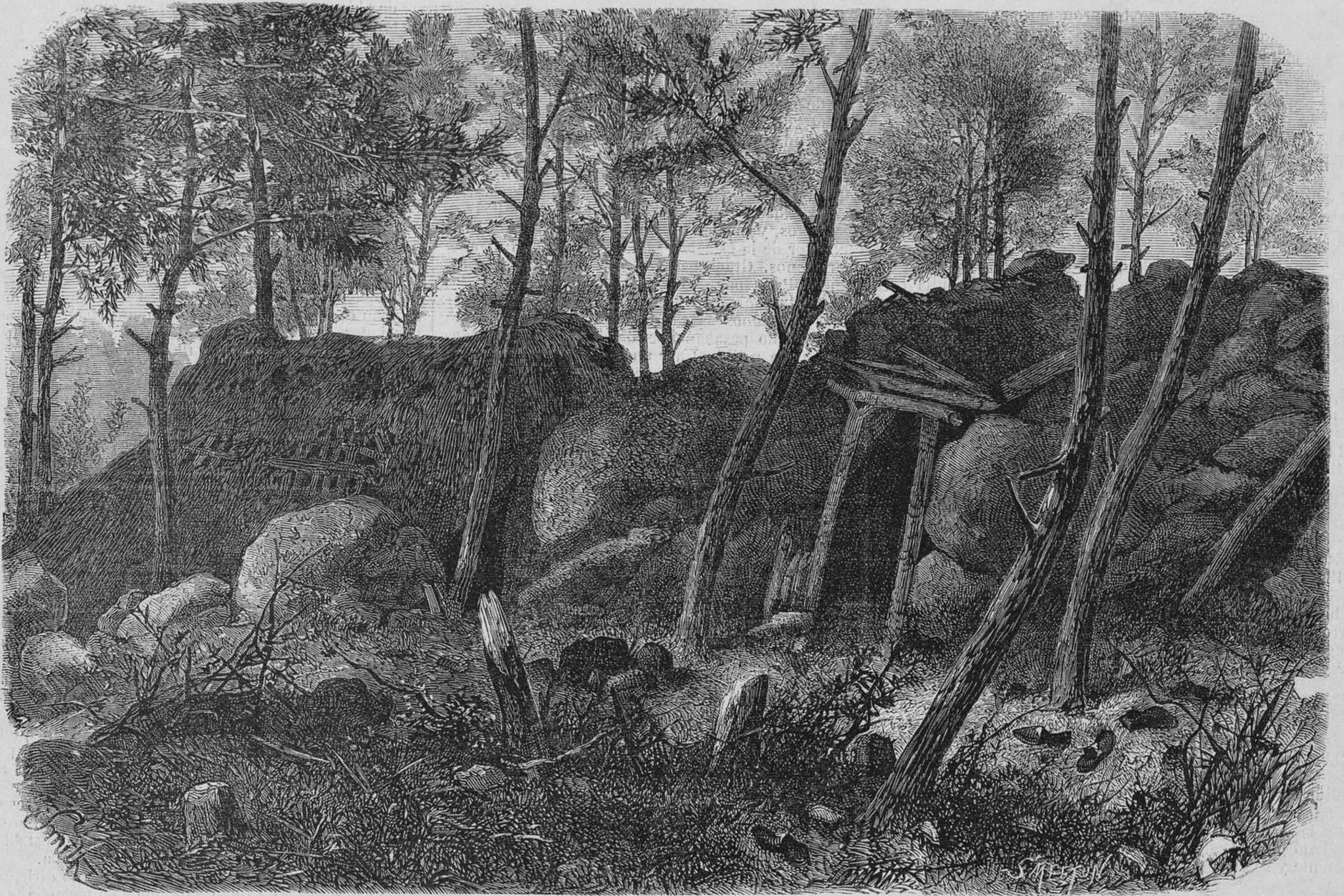
Globo con direccion, construido por el sistema del almirante Labrousse. Salió el 9 de enero á las 3 y 50 m. de la madrugada, mandado por Richard, cuartel maestre de marina, y tres marineros que debian mover las hélices propulsivas. Varios miembros de la Academia de ciencias asistieron á la salida. Llegó á Bizien, cerca de Reims, á las once de la mañana, habiendo recorrido 460 kil. en 7 h. 40, y sin poder dirigirse. Richard gravemente herido en la bajada; pero le ocultaron á los prusianos con los restos del globo. Los tres marineros le dejaron por muerto y fueron á llevar los despachos al gobierno. El principal obstáculo para la direccion del *Duquesne* fué la rotacion constante del globo. Experiencia interesante que debe repetirse.

## 53. — GAMBETTA.

2,000 m. c., guiado por MM. Duvivier y de Fourey,



SUCESOS DE ITALIA — Entrada del rey Victor Manuel en Roma.



Chailly del bosque.



LAS RUINAS DE TULLERIAS. — La galería de los Estucos.

dos guardias móviles que se hicieron aeronautas para intentar una expedición. El globo salió de la estación del Norte á las 3 y 55 de la madrugada, y llegó á las dos y media de la tarde á Ouanne, cerca de Auxerre, habiendo hecho 488 kil. en 44 h. 25. Llevaba 240 kil. de cartas y 3 palomos.

54. — KEPLER.

2,000 m. c., con Dupuy, pasajero. Salió de la estación de Orleans el 4 de enero, á las tres y media de la madrugada. Bajó en Laval (Mayenne), á las 9 y 45; 215 kil. en 5 h. 45. Llevaba 460 kil. de cartas y tres palomos. Guiaba Roux, marino, discípulo de Godard. La llegada de este globo á Laval coincide con la desastrosa batalla del Mans.

55. — MONGE.

2,000 m. c., con Guigné, pasajero. Salió de la estación de Orleans á las doce de la noche el 4 de enero, y cayó en Aspheuil (Indre), á las ocho de la mañana. 262 kil. en 7 h. 40. Guiado por Roux, marino, discípulo de Godard.

56. — GENERAL FAIDHERBE.

Estación del Norte, á las 3 y 30 de la madrugada, el 4, 3 h. 30 m. despues de la salida del anterior. Cayó en Saint-Avit (Gironde), á las 2 de la tarde. 574 kil. en 40 horas y media, con 60 kil. de cartas, Hurel y cinco perros que debían tratar de volver á París con cartas. Ninguno de los perros pudo atravesar las líneas. Guiado por Van Seymoutier.

57. — VAUCANSON.

2,000 m. c., Porte Valade, delegado del ministerio de Hacienda, Delente, inventor de un barco sub-marino destinado á volver por el Sena. Salida de la estación de Orleans, á las tres de la madrugada. Llegó á Armentières á las 9 y 45. Guiaba Clariot, discípulo de Godard, que bajó por los cables. El globo vuelve á subir repentinamente y se salva por milagro.

58. — STENACKERS.

2,000 m. c. Salió de la estación del Norte el 4 de enero, á las siete de la mañana. Guiaba Vebert, ingeniero. Cayó en Hynd (Holanda), en las dunas de Zuiderzée. Globo hecho pedazos, aeronauta herido. El cargamento se componía de dos cajas de dinamita enviadas á Bourbaki, que comenzaba á tocar retirada.

59. — LA POSTA DE PARIS.

2,000 m. c. Tres pasajeros, entre ellos Clairret, adjunto al 3º distrito. 70 kil. de cartas y tres palomos. Salió el 4 de enero de la estación del Norte, á las tres de la mañana, y cayó cerca de Lieja, á proximidad de un tren que se detuvo; los viajeros ayudan á bajar al aeronauta. Guiado por Turbiaux, mecánico.

60. — GENERAL BOURBAKI.

2,000 m. c. Salió el 20 de enero, con 425 kil. de cartas y productos para el taller fotográfico de Burdeos; un pasajero y 4 palomos. Cayó á las cinco en Hazancourt, cerca de Reims, á 150 kil. de París. Salvó los despachos y los productos químicos. Quemaron el globo para no entregarle al enemigo, y el aeronauta y su compañero llegaron felizmente á Burdeos.

61. — GENERAL DAUMESNIL.

2,000 m. c. Salió de la estación del Este el 23 de enero, á las siete de la mañana, porque se evacuó la de Orleans á causa del bombardeo, y llegó á Charleroi (Bélgica), á las 8 y 20, con 280 kil. de cartas y tres palomos. Guiaba Robin, marino.

62. — TORICELLI.

2,000 m. c. Bely, marino, sale solo de la estación del Este, con 230 kil. de cartas y 3 palomos, el 24 de enero, á las tres de la madrugada, y llega á Fumecchon (Oise) á las once, con ocho horas de viaje. Se puede salvar la correspondencia.

63. — RICHARD WALLACE.

2,000 m. c. Salió de la estación del Norte á las tres y media de la mañana, el 27 de enero, con M. Emilio Lacaze, y se perdió en el mar. Se le vió pasar por encima de la Rochela. Llevaba el decreto sobre las elecciones generales. 200 kil. de cartas se perdieron con el infortunado aeronauta.

64. — GENERAL CAMBRONNE.

2,000 m. c. Tristan, marinero, con 20 kil. de cartas; la órden de enviar víveres á Dieppe. Salió de la estación del Este el 28 á las seis de la mañana, y llegó á Mayenne á la una de la tarde. El último globo del sitio recorrió 263 kil. en 9 horas.

Los globos de la República han llevado fuera de París tres millones de cartas, y lo menos dos millones de ellas fueron repartidas. Se enviaron por la misma vía 354 palomos viajeros, y mas de 60 volvieron á París, no obstante el rigor de la estación y la vigilancia de los cazadores prusianos. Gracias á la fotografía microscópica, llegaron á París por los sesenta palomos *doscientos quince mil* despachos para el gobierno y los particulares. Estos despachos se reproducían en películas tan delgadas, que no pesaban mas de dos gramos, y todos ellos los habria podido traer un solo palomo. Sin embargo, juntos daban materia para un volumen de 400 páginas.

Los hechos que tan brevemente acabamos de resumir serán en la historia de la República como una honrosa compensación de las desgracias de la Francia, y durante largo tiempo excitarán la envidia de los alemanes.

W. DE FONVIELLE.

### Sucesos de Italia.

EL REY VICTOR MANUEL EN ROMA.

A punto de entrar en Roma el rey Victor Manuel, el síndico de aquella ciudad publicó la siguiente proclama:

« Romanos:

Los destinos de la patria se han cumplido. La Italia es una, desde los Alpes hasta el extremo de Sicilia, y Roma se muestra de nuevo en lo alto del Capitolio, con su frente ceñida de espléndida corona de capital.

La nueva grandeza italiana nos viene del juicio de los escritores, de la voluntad persistente de las ciudades hermanas, del voto del Parlamento, del valor del ejército y del progreso de la civilización de Europa; pero sobre todo del constante y leal patriotismo del rey.

Enviemos, pues, un saludo de agradecimiento y de amor á los escritores, á los italianos de las otras ciudades, al Parlamento, al ejército, á la civilización y sobre todo al rey magnánimo á quien estaba reservado el reconstituir y hacer grande la Italia.

Romanos:

Acojamos al rey Victor Manuel, no con inmoderación, sino con una alegría bien ordenada y que muestre también á la Europa el juicio que hemos mostrado en el plebiscito. Enseñemos que Roma, vuelta á ser capital de Italia, es una prenda de orden y de concordia al grito de: ¡Viva la Italia! ¡Viva el rey!

Desde el Capitolio 4º de julio de 1874.

El Síndico,

F. PALLAVICINI.»

Con efecto, á la hora prefijada, á las doce y media del día, el rey Victor Manuel llegó á Roma, siendo recibido en la estación por el alcalde de Roma, el príncipe Pallavicini, el príncipe Humberto, los ministros y las autoridades civiles. El rey subió en un coche con el presidente del consejo, M. Lanza, el príncipe Pallavicini y el príncipe Humberto. En los demás coches iban todos los ministros en grande uniforme, los presidentes del Senado y de la Cámara de diputados. Las tropas, los guardias nacionales, las academias, los clubs y las sociedades de obreros, formaban hilera á lo largo de la carrera hasta el Quirinal. En todas partes habia una multitud inmensa y reinaba un entusiasmo extraordinario. El coche del rey iba cubierto de flores, que le arrojaban de las ventanas. El rey se ha presentado luego muchas veces al balcón del Palacio Real.

El rey ha inaugurado el tiro provincial de Acqua-Cetosa, á tres millas de Roma. Los alrededores de Acqua-Cetosa estaban llenos de espectadores, que aplaudieron al rey á su paso.

A las ocho hubo en el palacio Quirinal una gran comida de cien cubiertos, á la que asistían los miembros del Cuerpo diplomático. Por la noche fué al teatro de Apolo, en donde le aclamaron con un entusiasmo extraordinario. La ciudad entera estaba iluminada. El gobierno ha recibido numerosas felicitaciones de las municipalidades italianas y de las sociedades y personajes eminentes.

Así se expresan sobre este acontecimiento los despachos telegráficos de Roma que tenemos á la vista.

R. S.

### La colonia artística

DE CHAILLY DEL BOSQUE.

La inmensa selva de Fontainebleau contiene una sé-

rie de aldeas, que son otras tantas colonias de artistas, pintores, escultores y grabadores. Conocidas son Barbizon, ilustrada por Rousseau, Diaz, Millet y Bodmer; Marlotte, que descubrió Murger para sus *bohémios*, y Thomery, en donde vive Rosa Bonheur.

Chailly, aunque de creación reciente como colonia artística, rivaliza ya con sus vecinas, y reúne en su seno á todos los artistas que huyen del bullicio de Marlotte y de Barbizon.

Con efecto, nada mas tranquilo. Chailly es una soledad campestre como hay muchas. Descamps creó en Chailly los famosos apuntes de la novela bíblica de Samson, y en Chailly meditó M. Taine su historia de la literatura francesa.

Pero ¡ay! la guerra debia trastornar profundamente ese apacible rincón del mundo.

Despues de Reichshoffen y Sedan el pánico se apoderó de todo el mundo, y resolvieron abandonar Chailly á los prusianos. Los exploradores de la emigración se internaron en la selva, eligieron un punto culminante, laberinto de rocas aglomeradas, y llamaron allí á los habitantes de Chailly, que en pocos días crearon la colonia artística de *Chailly del bosque*.

Fué un verdadero pueblo improvisado, con sus calles y sus plazas. Cada granja tenia allí su sucursal, con el cobertizo especial para los carneros, el gallinero y la casita del perro; las vacas estaban en parques.

Se debia vivir en comun en *Chailly del bosque*. Excepto los labradores, que tenían su instalación personal, todo pertenecía á todos. La choza central, que representa nuestro dibujo, se componía de tres habitaciones: la primera, á la derecha, estaba reservada á las mujeres, la de la izquierda era para los hombres, y habia otra para los muchachos.

Chailly del bosque se edificó sólidamente, y podia resistir todo un invierno. Estaban sin miedo, respecto de los prusianos.

Mas los prusianos no llegaban. En octubre no habian visto por allí un solo caso, y ya comenzaban á decir los emigrados que los alemanes trataban peor á los pueblos abandonados que á los que no lo estaban. Además, Chailly del bosque era un refugio muy peligroso, por la razon de que andaban por aquellos contornos los francos-tiradores.

Calmáronse, pues, los ánimos, y al cabo de esperar un mes, Chailly del bosque se abandonó por el antiguo Chailly, y los francos-tiradores de Franchard establecieron su cuartel general en la aldea abandonada.

Llegan los prusianos, ocupan Chailly y se dirigen hácia el bosque. El tiroteo anuncia la presencia de los francos-tiradores en las gargantas y en todas las malezas. Al instante se improvisa una especie de cordón sanitario en torno de la impenetrable selva, y Chailly se felicita de no haber persistido en ocupar las cabañas de que hemos hablado.

Corriase la batalla hácia el Loira, con lo cual disfrutaba Chailly de una seguridad relativa. Los francos-tiradores no abandonaban su puesto, y jamás daban con ellos los prusianos.

Una acción brillante pueden inscribir en sus memorias: los francos-tiradores mataron al hijo único de un alto personaje prusiano, el hijo del gobernador de Berlin; enterraron su cadáver en un lugar recóndito del bosque, y aunque las autoridades alemanas han practicado todas las pesquisas posibles, aun no se ha encontrado un francés que haya querido indicar aquella sepultura.

La selva perteneció realmente á los francos-tiradores hasta despues de la capitulación de Metz; mas en aquella época los soldados de Federico Carlos emprendieron una batida en todo el bosque, una caza de hombres, ciento contra uno. Asaltaron, tomaron y ocuparon á Chailly del bosque, y como no encontraron mas que las silenciosas cabañas, las prendieron fuego y volvieron á Chailly, en donde fueron reemplazados por los bávaros.

Se concluye la guerra, se firma la paz, Chailly se ve libre de alemanes, la primavera cubre de yerba las tumbas de los francos-tiradores y de los prusianos, los artistas vuelven á su selva, y *Chailly del bosque* desierto, con sus senderos en espirales, sus cabañas, sus singulares construcciones, en las que se combinan sus troncos de abetos con las rocas, ofrece un nuevo espectáculo.

¡Elocuentes restos! Esqueletos de carnero cuidadosamente despedazados, cajas de conservas abiertas, zapatos de los francos-tiradores, botas de los jinetes alemanes, trozos de cartas escritas por rubias Margaritas á Faustos indiferentes, flores silvestres; es como un pedazo de la hermosa llanura de Chailly que llevaron á ese lugar abrupto los emigrantes.

M. F.

### Revista de Paris.

Entre las recompensas que el gobierno francés concede con toda justicia á los que han cumplido con su deber durante la guerra y á los que han prestado á la causa del orden el importante servicio de acabar con la insurrección parisiense, hay una que ha llamado nuestra atención porque se refiere á un hecho poco ó mal conocido y de una trascendencia suma. Trátase de la entrada de las tropas de Versalles en Paris, que se explica perfectamente con la lectura de

Las consideraciones en que se funda el decreto de la recompensa á que aludimos.

Parece ser que el 21 de mayo á las tres de la tarde, mientras las baterías del ejército disparaban vigorosamente contra la muralla por el lado de la puerta de Saint-Cloud, un hombre se presentó cerca de la puerta agitando un pañuelo blanco en señal de bandera parlamentaria.

Los soldados de las avanzadas se preguntaron si no sería esta otra de las traiciones de que ya habían sido víctimas repetidas veces; pero de todos modos, el comandante de aquellas tropas, que lo era el capitán Tréve, se avanza y reconoce que tiene delante á un hombre que se sacrifica por el bien del país.

Era M. Jules Ducatel, empleado de la municipalidad, quien después de haber visto que los insurrectos habían sido desalojados de aquel contorno, acudía, arriesgando su vida, á advertir á las tropas que la entrada estaba completamente libre.

Gracias á tan preciosa indicación, penetraba en París el ejército de la Asamblea.

Ducatel no se contentó con esto, sino que marchó al frente de las tropas y, conocedor del terreno, logró que avanzaran hasta el Trocadero.

Mas entonces Ducatel estuvo á punto de ser víctima de su arrojo.

Capturado por los insurrectos, fué llevado á la Escuela Militar y habría sido fusilado si la aparición de los soldados no hubiese puesto en dispersión al supuesto consejo de guerra que se disponía á juzgarle.

Dejemos hablar aquí al capitán Tréve, testigo del incidente que determinó el fin de la insurrección parisiense:

« Cuando apareció Ducatel en el bastión 64 agitando un pañuelo blanco, nuestras baterías dirigían su fuego sobre esa parte de las murallas.

» Durante algunos minutos le creímos perdido; pues engañados ya por muchos artificios de esta clase, nuestros soldados se disponían á castigar á aquel leal servidor.

» La Providencia que le sacó ileso de tan grandes peligros, quiso sin duda recompensar un rasgo de heroísmo de los más notables.

» Con efecto, pasar al través de las líneas de los insurrectos, llegar poco á poco al Point-du-Jour, y por último, venir á gritarnos bajo una lluvia de proyectiles que era nuestra aquella parte de París, si la queríamos, es un acto que denota en el que le ha cumplido un gran corazón. »

Tal es la historia, oficial desde hoy, de la entrada de las tropas en París. Ducatel ha recibido en premio la condecoración de la Legión de Honor, pedida para él por el mariscal Mac-Mahon y por el señor ministro de la Guerra.

La masa del público se interesa sobremanera en esta cuestión de las recompensas militares, no solo por lo que concierne al pasado, sino principalmente por lo que toca al porvenir, que en un tiempo más ó menos próximo, dará de sí otra guerra con la Alemania.

Esta convicción se arraiga más y más cada día, y lo mismo en Francia que en Prusia, se considera que la paz firmada en Francfort es lisa y llanamente una tregua.

Los alemanes no ponen nada de su parte para calmar la animosidad de los franceses.

La ocupación sigue siendo una verdadera opresión para las poblaciones.

Se alargan en lo posible, hasta con artificios, los plazos de la evacuación; en tanto que en el nuevo imperio alemán se toman medidas concernientes al perfeccionamiento de las armas, á la movilización, á la defensa de las fronteras, etc., etc., que prueban claramente cuáles son las disposiciones de esos terribles enemigos de la Francia.

Naturalmente, en Francia no se duermen, antes al contrario, todos son planes de reorganización militar, todo se vuelven publicaciones relativas á la milicia, para la mejor formación de los ejércitos del porvenir, como muchos los llaman.

Un hombre muy competente en la materia, el general V. Chareton, diputado por el departamento del Drome, es autor de uno de estos proyectos que ha sabido fijar la atención de la prensa entre tantas publicaciones de la misma especie.

Su obra contiene, en efecto, un interesante estudio comparativo de la organización del ejército alemán y del ejército francés, estudio que el general Chareton ha podido hacer habiendo estado prisionero en Alemania.

Citemos algunos fragmentos de la introducción de este libro que darán á conocer plenamente cuáles son las ideas de reorganización militar que el general Chareton somete á la Asamblea.

« Los sucesos ocurridos en la guerra de 1870 y 1871 han demostrado la insuficiencia de nuestra organización militar. En algunas semanas el ejército alemán ha podido invadir nuestro territorio, flanquear ó reducir nuestras fortalezas y penetrar hasta el corazón de nuestro país. Al principio de este año nos hemos venido á encontrar en la misma posición en que pusieron á la Prusia nuestras victorias de 1806 y 1807. Contando con los elementos reparadores y con las fuerzas vivas que posee nuestro país, con una población cuatro veces más numerosa que lo era en 1806 la de la Prusia, ¿sabremos como ella supo reparar nuestros descalabros

con la reforma de nuestras instituciones militares y la inteligencia de nuestra administración?

» Si nuestra organización militar anterior ha sido condenada por la experiencia, la experiencia nos ha enseñado también que los levantamientos en masa no son una fuerza suficiente para evitar las invasiones ni para librarnos de ellas. No se improvisan con decretos ni ejércitos, ni generales.

» Las condiciones de la guerra no son hoy lo que eran en 1792 y en 1813. No obstante los progresos realizados en las vías de comunicación durante el primer imperio, el sistema de carreteras era imperfecto é insuficiente, las tropas y los convoyes no podían moverse sino con lentitud, y para esto era preciso que no hallaran al paso alguna fortaleza. El tiempo no pertenece hoy como entonces á la defensa, y la extraordinaria rapidez de las operaciones militares produce la necesidad de mantener ejércitos permanentes, bien organizados, y en tales condiciones que con la mayor prontitud puedan concentrarse para entrar en línea.

» El triunfo será para aquel de los beligerantes que salga á campaña con más velocidad, adelantándose á su adversario.

» Las condiciones de la guerra, tan diferentes bajo el punto de vista estratégico, no lo son menos respecto de la táctica: la máquina tiende más y más á reemplazar en el campo de batalla la acción del hombre, y á hacer de la guerra una ciencia más bien que un arte. Ya no se toman baterías á paños, como hicieron los vendedores: la precisión de salvar grandes distancias sufriendo los fuegos de una artillería de largo alcance, de un fusil de tiro rápido, aniquila los efectos de la bayoneta, y obliga á combatir á largas distancias y á cubierto. Las nuevas condiciones nos son esencialmente desfavorables, porque son contrarias á nuestro carácter nacional, y así es que debemos buscar en una organización sólida y en una disciplina más severa los medios de restablecer en nuestro favor el roto equilibrio.

» Una vez admitida la necesidad de reformar nuestras instituciones militares, añadiremos que esta reforma es de las más urgentes, y que resulta para la Francia tanto de su posición geográfica y de la situación política de la Europa, como de nuestros últimos descalabros.

» No debemos forjarnos ilusiones sobre la moderación de la Prusia y sobre su deseo de la paz. Su codicia no estará satisfecha hasta el día en que haya reunido bajo su cetro todas las poblaciones que sin ser alemanas por sus aspiraciones ó caracteres, hablan, sin embargo, alemán. Las razas latinas no pueden permanecer tranquilas espectadoras de tan profunda modificación en el mapa europeo, y es preciso que los acontecimientos no las sorprendan, que estén preparadas para oponerse, pues puede entrar en juego hasta su propia existencia. La Alemania declara altamente que su época concluyó ya y se cree llamada á regenerarlas, sabido es por qué medios. »

Tales son los libros que hoy se leen, tales son las consideraciones que se comentan, se discuten y se aprecian.

¿Y cómo no sería así en la situación en que se encuentra la Francia?

Ya lo hemos dicho, la ocupación prusiana pesa como una capa de plomo sobre los habitantes. No se acierta á ver el día en que cesará, y entre tanto produce males sin cuento.

Mientras el gobierno francés se esfuerza por cumplir las durísimas condiciones firmadas en Francfort, los moradores de los departamentos invadidos soportan con impaciencia el oneroso yugo que les oprime.

Las reclamaciones son continuas, de tiempo en tiempo corre sangre, los conflictos entre las autoridades francesas y alemanas son, digámoslo así, permanentes.

En París, donde no se ven los cascos prusianos, por más que se hallen á sus puertas, la prensa clama incesantemente contra la conducta injustificada de los vencedores, y estos se vengan de las quejas y de los sarcasmos de París con nuevas vejaciones en las provincias que ocupan.

Es un odio profundo, mortal, el que se prepara entre ambos pueblos.

Si á esto se añade la amargura que los desastres sufridos ha debido causar en todo francés que sienta en su corazón una chispa de patriotismo, se comprenderá que lejos de volver desde luego al estado de calma que se había creído cuando se firmó la paz, la Francia se encuentra actualmente más excitada aun que entonces contra sus enemigos.

Sin embargo, en presencia de tan terribles calamidades como han traído la guerra y la revolución, hay hombres que se dedican con empeño á predicar la unión y la concordia, único medio de preparar las vías á nuevos y mejores destinos.

La semana última el Teatro Francés nos convidaba á una fiesta verdaderamente patriótica: el distinguido escritor M. Legouvé anunciaba una conferencia titulada LOS RESTOS DEL NAUFRAGIO, que correspondió completamente á lo que esperaba el público. No es oportuno avivar enconos; al contrario, mientras se disponen las fuerzas del porvenir, la única conducta que debe aconsejarse á la Francia es la de la calma y la prudencia en medio de la unión de los partidos.

En este sentido se expresó M. Legouvé después de trazar el cuadro más patético de las pruebas que ha sufrido el país en el corto período de algunos meses.

¿Con qué vivos colores supo pintar el cuadro de los males que se han sucedido con un rigor increíble!

¿Todo se ha vuelto contra la Francia, el cielo como la tierra, los elementos como los hombres, los mismos franceses como los enemigos!

No obstante, en este naufragio que ha consumido las obras vivas del buque, sobrenadan restos que bastarán para su reconstrucción, si todos los franceses se dan la mano y trabajan con ahínco.

Cuando trata de los antecedentes de esta ruina, M. Legouvé encuentra palabras terribles contra los dos imperios.

El primero mermó el territorio, el segundo ha dejado una Francia mutilada y en ruinas. El uno emprendió una guerra insensata, que el recuerdo del otro ha cambiado en guerra de represalias y de venganza. El primero creó una centralización despótica, que cambió el segundo en desorganización. Del uno proviene el antagonismo entre los civiles y militares y del otro la hostilidad entre la clase media y los obreros. Finalmente, el primero llevó al estado de vicios los defectos naturales del pueblo francés, fanfarronada belicosa, vanidad, loca confianza, en tanto que el segundo desarrolló hasta la locura la afición al lujo, el amor al bienestar, la inclinación á la materialidad elegante, todas causas de ruina.

M. Legouvé completa su pintura diciendo que la Providencia que durante tanto tiempo ha castigado á la Francia con esos dos hombres, los castiga hoy á ellos, pues así como el tío coronó al sobrino, así hoy el sobrino quita la corona al tío. ¿Que desaparezcan juntos!

M. Legouvé para apreciar los elementos reconstitutivos de la Francia, hace la historia del sitio de París y del período de la Commune.

Con razón admira en los últimos tiempos del sitio á la población de París, que sufría todas las privaciones del cuerpo y del alma.

Ya apenas había carne; las verduras desaparecían, todas las provisiones estaban agotadas, el pan se alteró hasta el punto de que había de todo en él, hasta trigo. El invierno era terrible, la mortandad iba tomando proporciones espantosas.

Son miserias bien conocidas, pero que expresadas con la elegancia y la delicadeza del lenguaje de M. Legouvé, parecen revelaciones más nuevas y conmovedoras que nunca.

Y sin embargo, á pesar de tantos males, cuando se firmó el armisticio, decía la población que no se había puesto á prueba como se debía su patriotismo.

Y esta es hoy la opinión general, y cuando una nación se halla imbuida de tales sentimientos, no puede dudar de su porvenir, pues una vez reconstituidas sus fuerzas, la esperan seguramente mejores días.

MARIANO URRABIETA.

## El palacio de Tullerías.

La Commune ha dejado en esqueleto el palacio de Tullerías.

Inmenso, desolado, enrojecido ó ennegrecido por la llama, ese esqueleto refleja la grandeza del monumento, no obstante su ruina. Parece que el incendio haya dado al exterior del palacio algo de la silenciosa majestad que tienen los restos de los pasados siglos. Cuando después de haber entrado por la plaza del Carrousel se contemplan esas construcciones roídas y destrozadas por el fuego, no puede uno menos de sentir una profunda impresión de tristeza respetuosa en la cual se mezcla la ira. Toda obra de arte es sagrada, principalmente cuando á su belleza reúne el prestigio de la historia y de la poesía de otros tiempos.

Los que han visto Tullerías en las noches de invierno á la hora en que estaban encendidas las resplandecientes arañas y brillaban en los salones las celebridades de la corte, menean hoy la cabeza delante de esas paredes calcinadas y de esas aberturas informes por las cuales se distinguen á la otra parte los jardines. Nada queda ya del antiguo lujo del palacio de Tullerías. El reloj parado en el minuto mismo exacto en que el incendio llegó á él, marca la hora de la destrucción completa, la hora en que se hundió el palacio de los reyes á los golpes de la orgía de los proletarios; ¡marca las nueve menos diez!... El minutero se detuvo en ese instante, como si hubiera cesado de palpar el corazón del monumento.

A lo largo del palacio aparecen entre las ventanas los bustos ennegrecidos por el humo, que se miran inmóviles, con sus ojos de mármol. Sócrates está impasible, Lucio Vero levanta su rizada cabeza; el viejo Séneca, lleno de arrugas y con el cuello inclinado parece hacer un gesto á esa ruina, á los fragmentos de bronce, de piedra ó de escultura que los trabajadores recogen en el patio.

Al exterior el espectáculo es imponente. El desastre ha dado materialmente mejores proporciones al palacio. Por entre las brechas sinuosas se descubre el horizonte y el aire circula con estrépito entre las paredes desmoronadas.

Al interior, la impresión es otra cosa. Parece muy pequeño lo que se había creído tan grande. El pabellón



LAS RUINAS DE TULLERIAS.

El peristilo del pabellon del Reló y la sala de los Mariscales.

central, cuya techumbre ha desaparecido completamente, se asemeja á una ruina secular; nada está en pie, todos son escombros. Hay algunas estatuas en sus nichos, con los pies ó los brazos rotos, como soldados después de una batalla. Un dios manco hace frente á una musa decapitada.

Este era el vestíbulo del palacio: mas arriba, en el piso principal, estaba la sala de los Mariscales con sus pompas y sus dorados. Llegábase á ella por una escalera de piedra, hundida hoy, de la que solo quedan algunos escalones como una paradoja de inestable equilibrio. Alzando los ojos hacía aquella sala se distinguen algunos lienzos de pared medio consumidos, pedazos de ornatos, fragmentos de cariátides doradas, copias de las de Juan Goujon que están en el Louvre, el puesto que ocupaban los retratos de los generales del imperio, los restos de los trofeos de armas de Hubert. Y como por una ironía soberbia pueden verse en tarjetones de oro nombres de victorias que producen aquí no sé qué fúnebre antítesis: hacía el Carrousel, *Austerlitz* y *Marengo*, hacía el pabellón de Flora la *Moskova*; y luego ese nombre vengador que la llama ha dejado en las paredes como un consuelo retrospectivo y como una esperanza: *Jena*.

¡Lamentable aspecto! Por todas partes entre las nubes de polvo que levantan los trabajadores, montones de escombros, fragmentos de obras maestras convertidas en cenizas, pedazos de jarrones de Sevres, porcelanas de la China, bronce aplastados, rotos, plomo fundido de las formas mas caprichosas; cristales que la llama hizo líquidos, chorros de metal á lo largo de las columnas, como arroyos de lava!... Y con efecto, ¿no fué un volcan ese vasto palacio entregado á la desolación y al incendio?... Aun parece que dura la inmensa hoguera del 23 de mayo; cuando se tocan esas columnas ó esas paredes, se figura uno que las va á encontrar calientes todavía!...

Las habitaciones de Napoleón III, lo mismo que las de la emperatriz, todo lo que fué historia, la vida íntima del último reinado, todo ha desaparecido. Con trabajo, cuando se recorren estas salas devastadas, se logra reconstituir en la mente lo que hace tan corto tiempo hemos visto. Las habitaciones particulares, son montones de ladrillos rotos, de yeso, de piedra pulverizada. Entrábase en ellas por una puertecilla que daba á un pasillo y conducía á una especie de antecala en donde estaban los modelos de todos los uniformes de la guardia imperial, estatuillas, copiadas del cuadro de M. Macé. Pasada la puerta, se llegaba á una especie de salón de espera y luego estaba la sala donde se reunía el consejo de ministros en torno de una gran mesa cubierta con un tapete verde. La revolución del 4 de setiembre halló las sillas en sus puestos, con algunos proyectos trazados á toda prisa en hojas de papel esparcidas aquí y acullá y que sobrevivían al imperio. El consejo de ministros deliberaba al frente de un retrato de Luis Bonaparte cuando era joven, con bigotito y patillas, y la casaca azul de cuello alto de las antiguas modas.

De ahí se pasaba á una piececita adornada con bonitos cuadros: ¿qué se habrán hecho? y después se entra en el gabinete de trabajo del emperador, bastante pequeño, con dos ventanas que caían al jardín y por las cuales se distinguía la Diana cazadora que sobre su zócalo blanco se destacaba sobre la espesura de los árboles. La pieza era en verdad muy triste y silenciosa. Un poco de verdura, un poco de cielo, un centinela que se paseaba debajo de la ventana á pocos pasos de la mesa de caoba á que se sentaba el emperador, eso era todo lo que se distinguía cuando se echaba hacia fuera una mirada. ¡Qué bien se comprende cuando se ven esas paredes sordas y gruesas, que no pueden entrar la verdad en los palacios de los soberanos! Ni el mas ligero ruido. La población corre, grita, palpita á pocos pasos de ahí; á orillas del río, en la calle, ruedan los coches, y sin embargo, nada, nada se oía en el cuarto donde trabajaba César. Quejas, dolores, reclamaciones, todo debía ahogarse antes de que la luz exterior pudiese penetrar en tan densa sombra. Siempre el mismo cielo, siempre la misma verdura limitando la vista, siempre el mismo paso del centinela pasando con el fusil al brazo por delante de su garita.

Empero todo era curioso para el historiador y el fisiologista en el gabinete particular del emperador. Gabinete doblemente histórico. Allí Luis Felipe firmó su abdicación en 1848, como Carlos X firmó en la pieza contigua sus ordenanzas de 1830. Dos pasaportes para el destierro. Por los mil objetos que había allí aglomerados se podía conocer el carácter de Napoleón. Dos escaparates hacían frente á su mesa de trabajo, llena de cigarrillos de papel amarillento que él hacía, ó de pastillitas de chocolate que comía trabajando; dos altos escaparates llenos de bronceos antiguos, de vasos etruscos, de medallas romanas, de curiosidades arqueológicas. A la izquierda del bufete había un cuerpo de biblioteca cubierto con una cortina de seda verde. Entre la biblioteca y la mesa, un gran sillón y un diván de seda verde, usada y pasada, donde podía recostarse el emperador en los momentos de cansancio. El acaso ¡terrible ironía! había hecho que en aquella biblioteca se encontraran juntas estas dos obras:

*El Tratado de artillería al uso de los oficiales de artillería de la República helvética*, por el príncipe Napoleón Luis Bonaparte, capitán del regimiento de artillería del cantón de Berna (impreso en Zurich en 1836); la *Historia del segundo imperio* por T. Delord.

El libro de T. Delord se conocía que había sido leído y releído, y que debía ser consultado á cada instante. *El Tratado de artillería*, la primera producción im-

perial, tenía esta dedicatoria: *Hommage á ma mere de mes premières amours*.

Un amigo mío que en tiempo de la Commune visitó, por los cincuenta céntimos que se exigían, las habitaciones de Tullerías, me ha dicho que á principios de mayo, la biblioteca y los escaparates estaban vacíos. ¿A dónde han ido á parar todas aquellas riquezas, todos aquellos tesoros de literatura y de arte? Había allí manuscritos de Luis de Holanda, montañas de cartas de Napoleón I, documentos históricos importantísimos. ¿Se ha perdido todo?

El escritorio del emperador tal como le dejó cuando salió con destino á Sedan, estaba cargado de papeles y de distintos objetos. Todo demostraba allí la agitación de sus ideas, sus inclinaciones á la utopía. Nada práctico. Era una serie de sueños. Modelos de cañoneras, muestras de tarros con extracto de carne, nuevas mochilas para la infantería, atlas, muchos libros sobre la Alemania, la colección de los príncipes alemanes con uniforme, fotografías, y entre ellas la de M. de Bismark, con una afectuosa dedicatoria. ¡Qué confusión, qué desorden! Los uniformes del coronel Stoffel, las noticias exactas sobre las fuerzas de la Confederación germánica, se miraban con un desden soberbio, y en cambio ocupaban el primer lugar en aquel gabinete las invenciones mas extravagantes. Debajo de una mala pintura de K. Muller, de Dorsdorf, el busto en mármol de la emperatriz ocupaba á la derecha del emperador el hueco de las dos ventanas. Aquí y acullá algunos cuadros inferiores. Todo allí respiraba el aburrimiento.

Contigua al gabinete había una piececita, hoy convertida en un terreno movedizo, y entonces llena de papeles, de notas y documentos relativos á la *Vida de César*. La pieza entera estaba consagrada á aquella obra, así como también se encerraban allí las peticiones y los memoriales. Notas y reclamaciones se archivaban en carteras cerradas en marcos de caoba, y había las carteras de peticiones de estancos, de condecoraciones y de dignidades de senadores; y al otro lado se hallaban las carteras con las comunicaciones relativas á la *Vida de César*. ¡Qué de cosas en estas últimas! Reuníase allí el trabajo de Napoleón, trazado, digerido. Notas de M. Maury, de Merimée, traducción de Pollion, de Sallustio, de Macrobio, opúsculos de sabios de provincia, correspondencia de los eruditos alemanes. Era todo un mundo.

En un ángulo de la pieza se veían dos preciosas pinturas cuya pérdida es deplorable: Un retrato de la reina Hortensia á los quince años, con los ojos azules, el cabello rubio, un color de espiga dorada; y un retrato del príncipe Eugenio á los diez y siete años, con el cabello castaño y rizado. Entrambos lienzos eran de Isabey.

Muy difícil es encontrar hoy entre los escombros el lugar de todas aquellas cosas arruinadas. Por un corredorcillo se pasaba de esta última pieza á un gabinete de tocador, blanco con fondo de oro, que era el del emperador. Napoleón había mandado adornarle con cuadros de poco valor, pero que sin duda él estimaba mucho, pues eran recuerdos de familia. Uno de aquellos cuadros representaba Arenenberg, un tejado, una torrecilla, una cueva, un horizonte de color de rosa, todo lo que compone los paisajes suizos propios para la pintura á la aguada. Los recuerdos de infancia de Luis Napoleón Bonaparte se encerraban en aquel cuadrado. ¡Qué de quimeras se había forjado allí al frente de aquel horizonte!

A su lado un cuadro mas curioso representaba el *Salón de la reina Hortensia, en Roma*, un día de recepción interna. La reina con vestido de seda verde, de falda corta y el sombrero alto á la moda de 1834; y el futuro emperador meditando bajo una pantalla y con las manos sobre las rodillas, en una actitud de cansancio. A la derecha un oficial inglés. ¡Quizás mas de una vez, aun en los años de su poderío, echó de menos Napoleón aquellas noches de Roma tan largas y tan lentas, pero tan llenas de ambiciones y de esperanzas que pasaron junto á su madre!...

J. C.

(Se concluirá).

### El orgullo de un hombre.

(Continuación.)

Benito Remi hizo un gesto de cólera, y poco le faltó para investir al caballero por haber excitado de aquel modo la generosidad del joven Latouche.

— ¡Cargue el demonio con vuestra alma! dijo desesperado hasta lo sumo; ¡pensais que tenía poco que hacer con uno! ¿Cómo me compongo ahora para salvarlos á los dos?

— Ayúdame á salvar á mi hija, dijo el caballero en tono suplicante, y mi fortuna es tuya.

— Idos á paseo con vuestra fortuna; y en cuanto á eso de ayudar, que os esteis quietecito, es todo lo que tengo que pedir.

Hablando así tenía la vista fija sobre el río, cuya mas pequeña ondulación examinaba con atención minuciosa. Alberto desapareció al instante, atrayéndole el movimiento de las aguas al remolino que se formaba al pie de la roca: pero á unos veinte pasos mas abajo los ojos

penetrantes del contrabandista distinguieron sobre la superficie del agua un objeto que la corriente arrastraba con rapidez.

— Eso es, dijo entre dientes Benito Remi.

Y sin mas preparativos que arrojar al aire por medio de un movimiento repentino, sus zapatones cubiertos de clavos, que por sí mismos se separaron, precipitose tambien en aquel terrible río, que ya había sepultado dos víctimas.

El caballero iba á seguirle cuando el comandante le detuvo, diciéndole:

— Basta, caballero, no sabeis nadar ni yo tampoco; nuestro deber, pues, se reduce á no aumentar los riesgos que tienen que correr aquellos que con esperanza de utilidad pueden arrostrarlos.

— Pero...

— Pero es absurdo, señor mío, exponer su vida para nada, comprometiendo tambien la de los otros. No ireis, no; con que así creedme, y esperad con paciencia.

Conocía demasiado M. de Clermont la exactitud de las observaciones que hacía el capitán para que insistiese en hacer un sacrificio, no solo inútil sino perjudicial, y ambos entregados á una ansiedad mortal fijaron toda su atención sobre el río. Allí en un espacio de treinta pies cuadrados tres personas luchaban contra la muerte: de las que dos por lo menos les inspiraban por distintas razones un vivo interés. En cuanto al contrabandista, desde luego esperaban buen resultado porque en lugar de aproximarse al terrible remolino, en el que Alberto había desaparecido, braceó con fuerza nadando con la corriente, y al llegar algo por cima del sitio en que había creído ver moverse ropas á la superficie del agua buceó desapareciendo á la vista.

— En mi vida sentí en un campo de batalla lo que estoy sintiendo ahora, dijo en voz baja el comandante, que temblaba como un azogado.

Incapaz de responderle el caballero permanecía siempre con los ojos clavados al río, pálido, inmóvil y como petrificado; pero de repente lanzó un grito y un relámpago de esperanza brilló sobre su rostro. Benito Remi acababa de aparecer á poca distancia de la orilla, y después de haber sacudido la cabeza para apuntar sus cabellos que le cubrían los ojos, principió á nadar hacia tierra pesadamente, porque parecía ir cargado con un objeto que las olas aun no permitían distinguir.

— ¿La habeis hallado? preguntó el caballero, que empleó el resto de sus fuerzas para pronunciar estas pocas palabras.

— Sí, respondieron con ahogado acento.

Algunos minutos después el contrabandista llegó á la orilla arrastrando por sus largos y negros cabellos el cuerpo de una joven que no daba señal alguna de vida. Levantóle con trabajo, porque estaba ahogado de cansancio, y lo depositó en los brazos del caballero y del capitán que se habían aproximado para recibirlo; después de lo que, sin hablar mas se arrojó otra vez á nado dirigiéndose hacia el remanso.

El caballero colocó á su hija con mucho cuidado sobre la yerba larga y espesa que entapizaba aquella parte del valle. Clotilde estaba pálida como un cadáver, y tenía los ojos cerrados, pero siempre parecía hermosa y una suave expresión de resignación y de paz, se había grabado en su rostro sin duda al tiempo en que sintió que la vida la abandonaba. A nada se parecía mas que á la Virginia de Bernardino de Saint Pierre después de su naufragio. El caballero se apoderó de su mano, permaneciendo algunos segundos buscando en vano las pulsaciones de la sangre en aquellas frias venas, manteniéndose de rodillas delante de ella y con la vista fija en el cielo como para implorar su piedad.

El capitán le había imitado: ninguno de los dos había quizá pronunciado una oración desde que salieron de su infancia, y acaso ni el uno ni el otro habían creído verdaderamente en Dios hasta entonces.

Mientras tanto Benito Remi y Alberto, continuaban luchando contra la muerte. El joven nadaba hacia la orilla sostenido por su vigoroso compañero, que le decía con desaforados gritos:

— Os digo que la he salvado: os lo aseguro. A fe mía, bien empleado os está esto; echarse al agua con botas y pantalones de trabillas! ¡hacedme el favor de nadar con esos diges!

Alberto no escuchaba sin duda las reconvenções de aquel buen hombre, que bien pudiera haberlas guardado para mejor ocasión.

El cuerpo de la joven tendido en la orilla atrajo sus miradas bastando su vista para inspirarle algunas fuerzas. Ayudado por el contrabandista, llegó á tierra, se lanzó á ella haciendo el último esfuerzo, y cayó exánime al lado de Clotilde, que tampoco daba señales de vida.

Apenas habían pasado dos horas después de los sucesos que acabamos de referir, acontecidos en mucho menos tiempo del que hemos empleado en hacer su narración, cuando todos los actores de esta lúgubre parte de nuestra historia se hallaban reunidos en la casita techada de pizarra que se elevaba en medio del bosque á corta distancia del valle de la Roca-Blanca, que habitaba Benito Remi. El edificio, aunque pequeño, pulero y cómodo, descubría por todas partes el bienestar y el desahogo de su dueño, formando un extraño contraste con la pobreza de su pretendido ejercicio, porque precisado á manifestar sus medios de vivir, el contrabandista había adoptado el oficio de pescador, idea sugerida por la proximidad del Mosa. En efecto, desde que se ponía en pie en el umbral de la puerta, se tropezaba con un inmenso tren de aparejos ó instrumentos de pesca que daban á la casa una fisonomía marcada, ob-

servándose visiblemente que ninguno de aquellos objetos habían servido nunca, ni estaban allí sino como máscara, que ocultaba las corachas de tabaco, los encajes y los demás géneros de contrabando que podía encerrar la casa.

En aquella sala destinada á recibir los parroquianos y las visitas de Benito Remi, se hallaban divididos en varios grupos algunos de nuestros mas importantes personajes. Delante de una gran chimenea en la que ardía una haya casi entera, estaban sentados y hablando en voz baja con gran vivacidad Alberto y el caballero. Todavía conservaba el jóven Latouche la palidez ocasionada por su reciente baño en el Mosa, pero había recuperado ya todo su vigor. La ropa, que no había querido quitarse, se le había secado al calor del hogar, y no daba muestras de acordarse poco ni mucho de los peligros que acababa de correr pocas horas antes.

A corta distancia de ellos se dejaban ver el comandante y el contrabandista sentados mano á mano á una mesa cargada de vasos y botellas, dándose mútuas pruebas de hallarse en perfecta armonía. Mientras los dos antiguos militares hablaban de sus pasadas campañas, de cuando en cuando empuñaban los codos refrecándose la garganta, no con agua ni vino, sino con rico aguardiente de contrabando que Benito reservaba para su uso privado; y nadie al verlos habría sospechado siquiera que acaso uno de los dos cordiales bebedores estaba destinado á conducir al otro á la cárcel.

Por último, á la extremidad de la sala se abría con frecuencia una puerta que daba paso á la dueña de la casa, excelente mujer, que se afanaba yendo y viniendo como para satisfacer las necesidades y deseos de un enfermo.

— ¿Cómo está?

Era la pregunta perpétua que le dirigían con inquietud cada vez que se presentaba: su respuesta también constante era:

— Mejor y siempre mejor.

Largo tiempo había durado la conversacion reservada del caballero y de Alberto, cuando este, apoderándose de la mano de M. Clermont le dijo enternecido y con los ojos bañados en lágrimas:

— Sí, señor, ahora lo comprendo todo; vuestros pasos, vuestros afanes en favor de la pobre Clotilde, quedan explicados por el respetable vínculo que á ella os une. Perdonadme mis locuras, mi ambición, mi villanía.... muy delincuente soy, lo sé; pero el deseo que me abraza es el de reparar los males que he causado, y que tan funestas consecuencias han producido... Perdonadme y prometedme por favor que implorareis también para mí el perdón de esa idolatrada niña, á la que tantos pesares he causado.

— El perdón mio, señor Alberto, dependerá de la conducta que observeis en lo futuro: yo que tengo larga experiencia del mundo y que conozco la mucha indulgencia que necesita la pobre humanidad, puedo fácilmente olvidar lo pasado; pero ¿mi bija, mi querida Clotilde olvidará tan pronto las injusticias de que ha sido víctima por todos lados? ¿que su padre la negó y abandonó recién nacida? ¿que el que ama?...

— ¿Con que es cierto que me ama? preguntó tímidamente Alberto.

El caballero se sonrió.

— De lo que deducís que seréis perdonado con menos dificultad, pues, sin embargo, no os apresureis á cantar victoria, porque...

Entró en aquel instante madama Remi y dijo al caballero que la señorita sabiendo que M. de Clermont era uno de los que ocupaban en aquel momento la casa, deseaba verle sin pérdida de tiempo. Levantóse apresuradamente aquel y se preparó á acompañar á la buena mujer al cuarto próximo.

— Por piedad, no olvideis hablar en favor mio, dijo Alberto en voz baja.

— Defenderé vuestras dos causas, respondió del mismo modo el caballero; y mucho celebraré que obtengamos favorable sentencia.

Benito Remi interrumpió uno de los cuentos que dirigía al comandante para preguntar á su mujer:

— ¡Hola! ¡hola! ¡mi ama! ¿Cómo está la pobre señorita? ¿volvió por fin en sí?

— Completamente; pero me está hundiendo á preguntas á las que no sé qué contestar: llora, se atormenta y ahora mismo quería vestirse con la ropa, que ya está enjuta, para ir no sé dónde. Buen trabajo me ha costado hacerle que se mantenga quietecita al fuego. Pero ¡Virgen santa, qué criatura tan hermosa!

— Pardiez, dijo el buen contrabandista echando en un vaso lo menos dos dedos de aguardiente, y dándose lo á su mujer; lo que le ha desazonado el cuerpo es esa agua del río que es la mas sosa que he visto.... toma, mujer, ruégale de mi parte que beba eso y verás como se acalora y revive.

El caballero contuvo á la buena mujer en el momento en que con la mayor sencillez iba á tomar el cordial algo récio que le ofrecía su marido, y dijo sonriéndose:

— Gracias en nombre de esa señorita, mis buenos amigos: es muy dudoso que ella aceptara ese licor, y mas todavía que le produjera el efecto que deseais. Y á vuestro parecer, señora, continuó dirigiéndose solo á la mujer de Benito, ¿el alivio de la señorita será bastante para que podamos conducirla en coche al castillo?

— Me parece que sí... Y no es esto decir que nos moleste poco ni mucho la niña querida. ¡Es tan amable! ¡Es tan buena! ¡Si hubiérais visto con qué expresion me daba gracias por lo poco que hemos hecho en favor de ella!

— Comandante, dijo el caballero aproximándose a pri-

sa á Ducoudray, tengo que pedir os aun otro obsequio.

— Dos, caballero, respondió Ducoudray levantándose.

— Comandante, se trata de montar á caballo, volver al castillo y encargar que al instante me envíen aquí la carretela.

— Listos, caballero, dijo el capitán; pero ¿si me hacen preguntas?...

— Esperad, respondió meditando M. de Clermont: sí, esto es... direis sencillamente que alcanzamos á Mlle. Clotilde en el momento en que se dirigía con tranquilidad á Fumay, y que viéndonos obligados á detenernos aquí á causa de la lluvia, rogamos á la condesa nos envíe su coche porque los caminos están malísimos...

— Así, pues, será inútil hablar de...

— De nada que huelga á la aventura del Mosa, á M. Alberto, ni á estas buenas gentes. Todo esto debe ignorarse en el castillo. Despues os diré por qué.

— Basta, replicó Ducoudray empuñando un vaso que Benito había llenado durante esta conversacion secreta, ¡á tu salud, Benito el guapo! aunque el comercio en que te ejercitas no esté en perfecta armonía con ciertas leyes, me atrevo á decir que eres pájaro de cuenta y que pocos he visto de tu especie.

El contrabandista manifestó quedar muy satisfecho del elogio y respondió en tono amistoso mientras trincaaba con Ducoudray.

— En cuanto á vos, comandante, también puedo decir que aunque no es ese uniforme el que mas me gusta veros usar, os he cobrado dos dedos de aficion, y si alguna vez es necesario que se haga alguien descuartizar por vos, aquí estoy yo de resto.

Tras de esos recíprocos cumplidos se dieron la mano otra vez, y el caballero pasó al cuarto de Clotilde despues de hacer otros encargos al capitán que se preparaba para montar á caballo y volver al castillo.

Aquel otro cuarto era tan modesto como el primero y no contenía mas que una cama de buen aspecto y algunos muebles de nogal que indicaban el desahogo de su dueño. En la chimenea ardía bastante leña. Clotilde, vestida completamente, porque madama Remi, durante su desmayo había puesto á secar la ropa, estaba en pié á pocos pasos de la puerta. La calentura enrojecía sus mejillas, poco antes tan pálidas, y daba brillo á sus ojos. Al ver al caballero se aproximó á él precipitadamente diciéndole con síntomas de no haber recobrado enteramente la razon.

— ¡Vos aquí, caballero! ¡Vos aquí! Por favor, explicadme este misterio. ¿Qué ha sucedido? ¿en dónde estoy? ¿Qué personas son esas que según me han dicho esperaban al mismo tiempo que vos á que despertara de ese horrible sueño? Me parece que he tenido una pesadilla espantosa.

El caballero la agarró de la mano y la condujo á una silla junto al fuego diciéndola con dulzura:

— ¡Sueño, Clotilde! ¡Ojalá que fuera un sueño! ¿Con que ya no os acordais?...

— Sí, esperad; respondió la jóven llevándose la mano á la frente. Sí... me acuerdo, ¡ay Dios mio! ¿Con que era cierto... aquel desprecio, aquellos insultos, su traicion, despues el viaje al través de los campos... la roca... el abismo... ¡por qué no me han dejado morir!

Cubrióse el rostro con ambas manos y derramó un torrente de lágrimas. El caballero dejó que desahogara su dolor durante algunos momentos, y despues continuó en tono de reconvenccion.

— ¿Con que tan desgraciada habeis sido, Clotilde?

— Sí, señor; muy desgraciada, respondió la jóven moviendo la cabeza, escuchad; no sé cómo estais aquí, no sé quién es el que me ha salvado de la muerte; pero á vos os lo diré; ¡mas valiera que me hubiera dejado perecer!

— ¡Pobre niña! ¿de qué proviene el tedio tan profundo y amargo que os inspira la vida? ¿por qué ha de faltaros valor para esperar la felicidad que Dios os reservaba acaso despues de tantas tribulaciones?...

— ¡Felicidad para mí! exclamó la jóven con despecho; ¿ignorais cuál ha sido mi suerte desde que nací? Sin padres, sin amigos, abandonada al cuidado de mercenarios, jamás recibí los tiernos abrazos de una madre, jamás un beso paternal se imprimió en mi frente: despues vinieron la servidumbre, las humillaciones, el desprecio en casa de unos ricos orgullosos que me consideraban como un ser inferior á ellos... despues la traicion del hombre á quien yo había distinguido entre todos los demás y que amaba á pesar de eso á mi brillante rival... despues la cólera de ese anciano, una vergonzosa expulsion... la ignominia... ¡Ay! caballero, caballero, ¿por qué no me han dejado morir, os repito?

— Repasad bien la memoria, Clotilde, prosiguió el caballero con trémula voz; ¿no ha habido nadie que manifestase interesarse vivamente en vuestra suerte desde vuestros primeros años? ¿no me habeis hablado con frecuencia de cierto desconocido pariente?...

— Al que debo tantos beneficios desde mi infancia hasta ahora ¡ah! sí, señor; mucha gratitud le debo aun cuando haya sido para mí invisible como la providencia, manifestándose del mismo modo que ella solo por sus bondades. Con todo, añadió tristemente, sin duda me ha olvidado como todo el mundo; y en el momento en que me hallaba expuesta á tan grave riesgo, cuando la mano de un amigo habría bastado para detenerme al borde del abismo, no acudí á socorrerme faltando á sus repetidas promesas.

— ¿Estais segura de eso, Clotilde? dijo enternecido y aproximándose á ella el caballero, ¿estais segura de

que os haya abandonado cuando tan necesarios os eran consuelos y auxilios? ¿estais segura de que cuando todo el mundo y hasta una ciega fatididad parecia conspirar contra vos, no se ocupaba vuestro amigo en alejar las desgracias que os amenazaban; y cuando en un momento de horrible desesperacion os decidísteis á poner fin á vuestros dias? ¿estais segura de que no se hallaba á pocos pasos de distancia tras de vos trémulo, despedazado de angustias y pronto á morir por vos y con vos!

La jóven fijó sobre el caballero una mirada de fuego.

— ¿De dónde sabeis eso, caballero? preguntó estremeciéndose; ignoro lo que sucedía durante el terrible momento en el que esperé morir, pero... ¡Loca de mí! exclamó como sorprendida por una idea repentina ¡abris-teis la carta que os confié al salir del castillo! ¡sorpren-dísteis el secreto de una mujer que se fiaba de vos! y ahora...

— ¿No os ha ocurrido nunca, Clotilde, continuó el caballero sin darse por entendido de la última observacion de la jóven, que en vuestras relaciones con ese protector desconocido había coincidencias muy extrañas capaces de excitar vuestras sospechas? ¿No habeis notado nunca, por ejemplo, que apenas acontecia en el castillo de Sibry cualquier cosa que pudiera pareceros una injuria, una ofensa, cuando el incógnito os escribía para consolaros y dulcificar vuestra amargura? ¿No habeis notado que cuando nubes de tristeza y de desesperacion oscurecían vuestra frente recibíais al instante cartas que os reanimaban con las promesas de un risueño porvenir? En fin, descendiendo á cosas mas vulgares y materiales puramente, ¿nunca observásteis que cuando teníais gastos imprevistos que hacer ó necesitabais cualquier servicio, el genio invisible que velaba sobre vuestra suerte, adivinaba siempre vuestros deseos y vuestras necesidades? ¿Cómo no habeis deducido de todo esto la consecuencia de que no podía hallarse muy lejos de vuestra persona el que con tan vivo interés espiaba para descubrir vuestros tormentos y tan oportunamente acudia á consolaros y compadeceros? Sin duda cuando le creíais muy distante se hallaba á vuestro lado preparando vuestra felicidad, vigilando para que no cometierais errores, y afanándose para reparar vuestras faltas.

— Por piedad, señor, dijo Clotilde llena de turbacion, no me atormentéis con misteriosas palabras cuyo sentido no puedo penetrar; ni en el castillo de Sibry ni en ninguna otra parte tuve motivo para sospechar que nadie de los que me rodeaban...

— ¿No habeis reflexionado, siguió diciendo el caballero cada vez con mas agitacion, que las mismas circunstancias que obligaban á vuestro protector á ocultarse de vos, debían imponerle el deber de cubrir su rostro con la máscara de la frialdad y de la indiferencia, mientras vos sola ocupábais todos sus recuerdos, todos sus pensamientos, todas sus esperanzas, y tampoco habeis caído en que algun dia, variando las circunstancias, con los brazos abiertos y entre sollozos pudiera venir á deciros, ¡Clotilde, Clotilde! yo soy tu padre?

La voz del caballero estaba tan conmovida, su accion tendiendo los brazos hacia su hija era tan noble, tan sincera; las lágrimas que cubrían su rostro convencion hasta tal punto, que Clotilde sin reflexionar en lo que aquella inesperada revelacion tenia de extraordinario, sin tubear y hasta sin acordarse de que tenía derecho á exigir pruebas que justificasen la realidad del íntimo vínculo que los ligaba según el repentino descubrimiento de aquel hombre, lanzando un grito de alegría, se arrojó en los brazos del caballero.

— Sí, yo lo soy, hija mia, dijo el caballero, cuya alma de hielo por esta vez se había acalorado; yo era el que desde tu infancia vigilaba sobre tí con el cuidado de un padre: mi cariño egoísta te proporcionó la situacion deplorable que ocupabas en el castillo de Sibry, solo para tenerte á mi lado, para contemplarte secretamente, para admirar tu hermosura, tus brillantes cualidades, la nobleza de tu alma.... ¡Niña sin reflexion, que no supo adivinar la red invisible con que el amor paterno la envolvía para preservarla hasta de la menor ofensa!

La jóven recobró en fin la voz que la admiracion, el enternecimiento y la alegría habían hecho le faltara en los primeros momentos.

— ¡Vos mi padre! exclamó fuera de sí: ¡ah, sí! ¡ya me acuerdo ahora! ¡ahora recuerdo aquel interés tan profundo y tan misterioso! ¡Dios mio! ¡con que no estaba sola y abandonada en el mundo! ¡Allí junto á mí había un corazón al que hacian padecer mis tormentos y que se ocupaba siempre de mí!... pero, dijo con terror interrumpiéndose y fijando una mirada inquieta sobre el caballero, no me habeis hablado de... de mi madre.

El caballero bajó la cabeza y dijo con profundo abatimiento.

— Tu madre no existe, Clotilde mia; y como verás por la lúgubre historia que algun dia te contaré, fué aun mas desgraciada que tú. Juntos lloraremos á tu pobre madre. Clotilde, porque te amaba con extremo aunque nunca tuvo la dicha de abrazarte... En cuanto á tí, hija mia, prométeme que de aquí en adelante tendrás ánimo para soportar tus males y sobre todo que no te dejarás arrastrar de esos horribles arrebatos de desesperacion.

— ¡No, padre mio! ¡no, mi buen padre! exclamó Clotilde arrojándose de nuevo con efusion en brazos del caballero; no, ya no quiero morir porque no estoy sola en el mundo, porque puedo apoyarme en vos, amaros y merecer vuestro afecto.

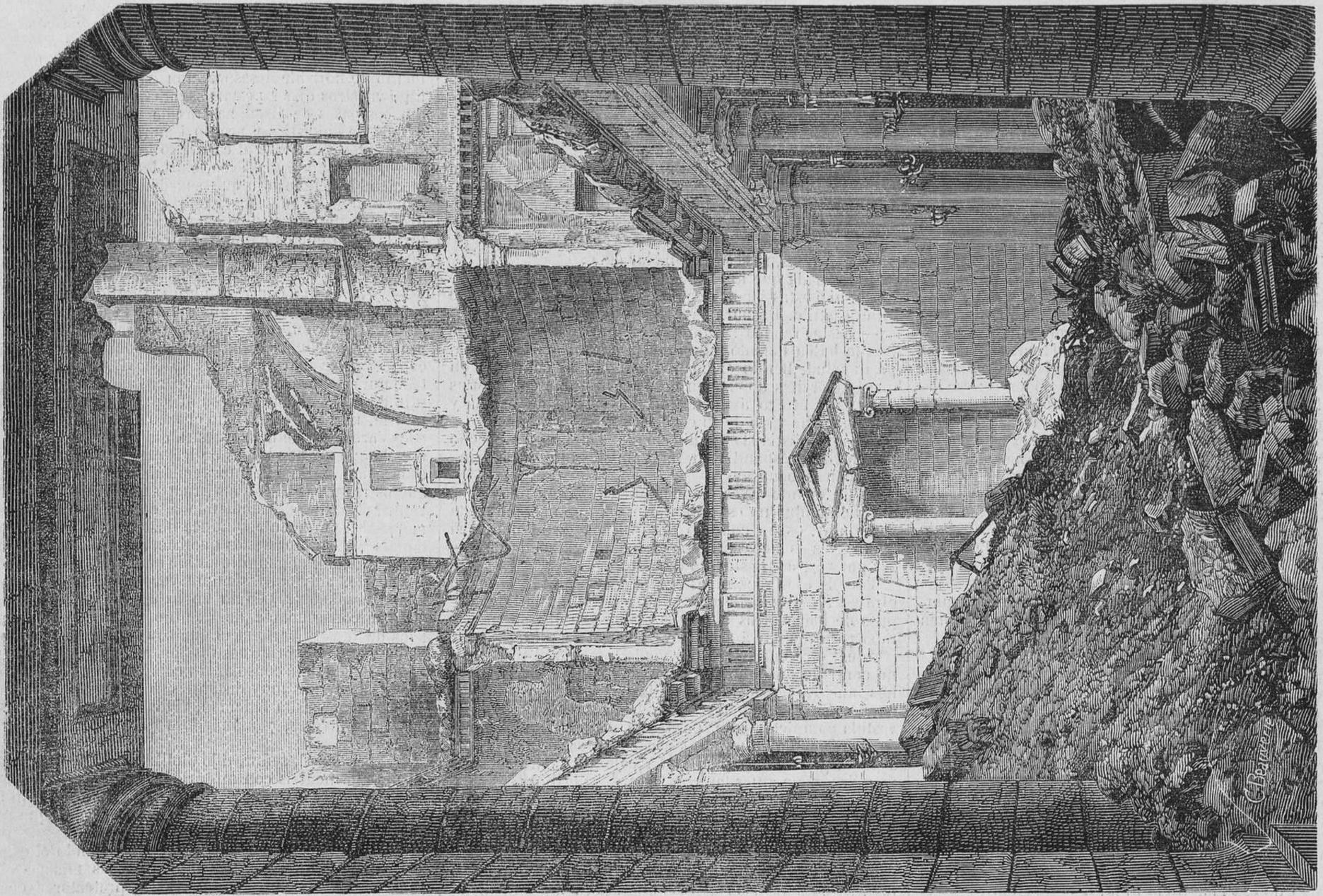
— Sí, Clotilde mia; te amaré, te sostendré siempre, y espero verte tranquila y dichosa...

(Se continuará.)

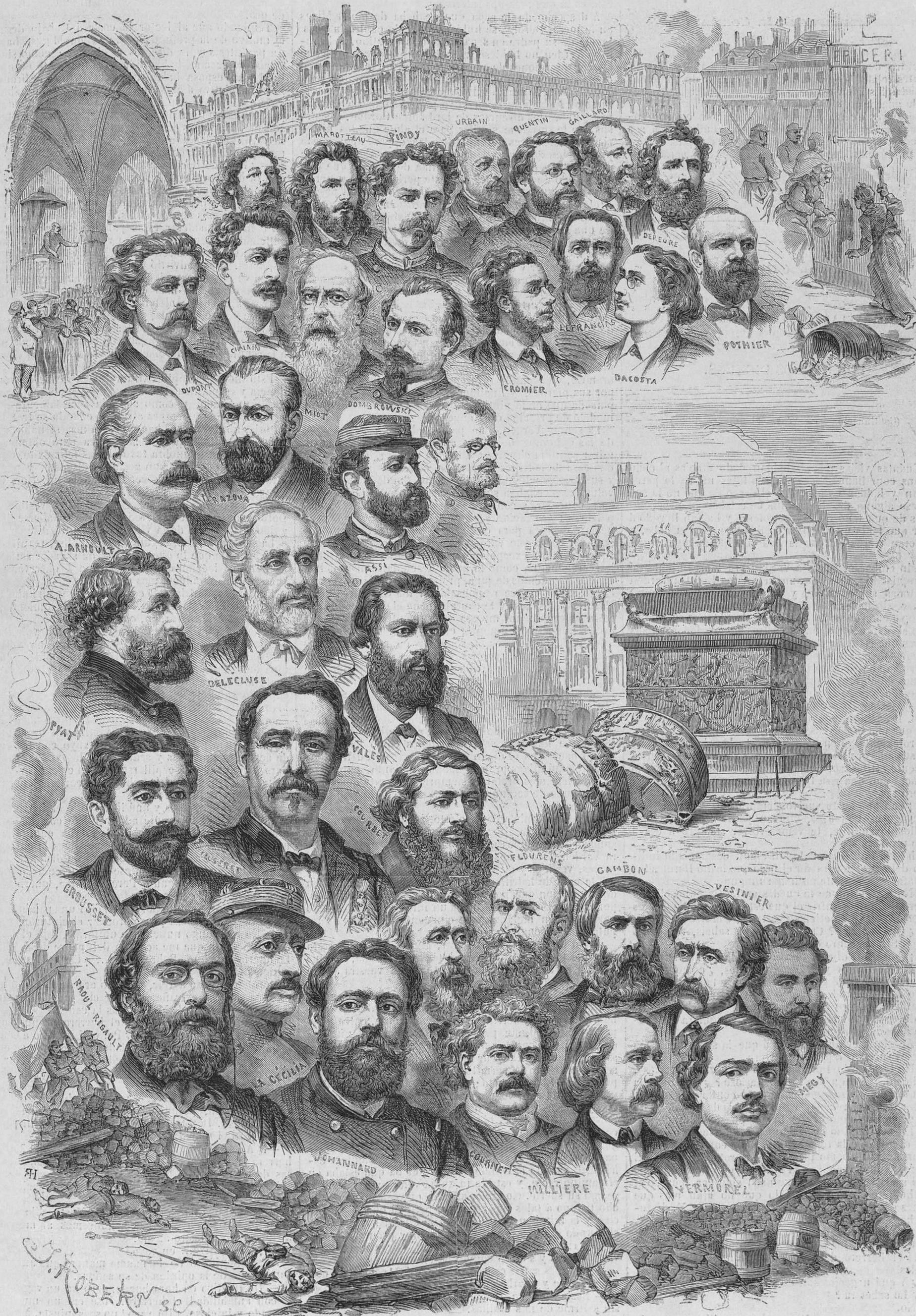


El salon de Baile.

LAS RUINAS DE TULLERIAS.



La Capilla



Los hombres de la Commune.

## Los hombres de la Commune.

Dentro de breves días comenzarán los importantes debates relativos á los crímenes y delitos de que están acusados los hombres de la Commune, ante los consejos de guerra constituidos en Versalles.

El *Correo de Ultramar* ha consagrado en sus columnas bastante espacio á todos esos hombres y á sus acciones, para que demos hoy, sin mas explicaciones, la reproduccion de algunos de sus tipos mas característicos.

A. B.

## Bernabé Rudge,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion — Véase el número 966.)

¡ Cuántas viejas mamás habian dado gracias al cielo en sus conciliábulos de que sus hijas no se le parecieran y habian manifestado el deseo de que no le sucediese alguna desgracia, aunque estaban bien persuadidas de que tendria mal paradero, y habian llegado á decir que tenia un aire desocado que no les gustaba, y que eran ciegos los que la han encontrado alguna gracia!

Y sin embargo, Dorotea Varden era tan caprichosa é inconquistable, que era aun la misma Dorotea Varden con todas sus sonrisas, y sus hoyuelos, y sus lindas muecas, sin hacer caso de los cincuenta ó sesenta jóvenes cuyo corazon ardía en deseos de obtener su mano, como si fueran otras tantas ostras contrariadas en sus amores que estuviesen con la concha abierta exhalando las penas de su alma lacerada.

Dorotea abrazó á su padre, como hemos dicho ya, y despues de abrazar tambien á su madre, les acompañó al comedor donde estaba puesta la mesa para comer, y donde Miggs, algo mas tiesa y áspera de lo acostumbrado, los recibió con una contraccion histérica de su boca que ella creia una sonrisa.

Dorotea entregó en manos de esta harpia su sombrero y sus adornos de paseo, adornos de un gusto terriblemente artificioso, lleno de malas intenciones, y dijo entonces con una risa tan armónica como la música del herrero:

— ¡ Con qué gusto vuelvo siempre á casa!

— ¡ Y con qué placer, dijo su padre acariciando los cabellos de su hija, te vemos volver siempre á casa! Dame un beso.

¡ Ah! ¡ si hubiera estado allí algun desgraciado individuo del sexo fuo para ver el beso que le dió Dorotea!... Pero afortunadamente no habia ninguno.

— No me gusta que te quedes en La Garenne, dijo el herrero. No puedo sufrir el que estés tanto tiempo lejos de nosotros. ¿ Qué noticias nos traes, Dorotea?

— ¿ Qué noticias? Creo que ya las sabeis, respondió su hija. Sí, de seguro que las sabeis.

— ¡ Quizá no! dijo el herrero. Habla: ¿ qué sucede?

— ¡ Si lo sabeis ya! Decidme pues, ¿ cómo es que M. Haredale... ¡ qué genio tan hurano y tan sombrío ha puesto ese hombre!... ¿ cómo es que partió de La Garenne hace algunos días, y por qué viaja (sabemos que está de viaje por sus cartas) sin decir siquiera á su sobrina adónde, por qué ni cómo?

— Apostaria cualquiera cosa á que la señorita Emma no desea saberlo, repuso el herrero.

— No lo sé, dijo Dorotea, pero yo soy mas curiosa. Decídmelo. ¿ Por qué es tan misterioso? ¿ Qué historia de fantasmas es esa que nadie debe contar á Emma y que parece tener relacion con la partida de su tio? ¡ Ah! veo que lo sabeis, porque os habeis puesto colorado.

— En cuanto á lo que significa esa historia, ó lo que es en el fondo, ó la relacion que tiene con ese viaje, estoy tan enterado como tú, querida Dorotea, respondió el herrero, y únicamente sé el susto que se llevó una noche el sacristan Salomon, que nada significa, porque el buen hombre creyó realidad lo que no eran mas que visiones de su miedo. En cuanto al viaje de M. Haredale, ha ido segun creo...

— ¿ Adónde, adónde?

— Ha ido á viajar por negocios propios, Dorotea, respondió el herrero dando á su hija un golpecito en las mejillas.

— ¿ Y qué negocios son esos?

— ¿ Lo sabes tú?

— No.

— Pues yo tampoco. Eres muy curiosilla y muy mimada, niña. ¿ Qué te importan los negocios de M. Haredale?

dale? Nada. Por consiguiente, la comida nos espera, y esto es lo que mas nos interesa.

A despecho de la sopa que acababa de poner Miggs en la mesa, Dorotea se hubiera rebelado contra la insistencia de su padre en separarse de la cuestion, si la señora Varden no hubiese intervenido protestando de que las conversaciones de su casa tomasen un giro tan poco digno de una familia protestante, y diciendo que para completar la educacion de Dorotea seria preciso suscribirse al *Fulminante*, en cuyo periódico leeria palabra por palabra los discursos de lord Jorge Gordon, discursos que le serian mas útiles para el alma que las historias mas hermosas del mundo. Apeló para apoyar esta proposicion á Miggs que servia á la mesa. Esta dijo que excedia toda ponderacion la calma de espíritu que habia sacado de la lectura de este periódico en general, pero en particular de un artículo de la semana pasada titulado: *La Gran Bretaña anegada en sangre*. Añadió que el mismo artículo habia producido en el ánimo de una hermana suya, casada y domiciliada en la plaza del Leon de Oro, núm. 27, segundo cordon de campanilla de la puerta subiendo á mano derecha, un efecto tan consolador y confortante, que en el estado delicado de su salud en que se hallaba, pues iba á dar un nuevo vástago á la familia, habia tenido un ataque de nervios al leer dicho artículo, y solo habia hablado en su delirio de inquisicion y de hogueras con grande edificacion de su marido y sus amigos. Miggs no vacilaba en decir que aconsejaba á cuantos tuvieran el corazon endurecido que oyeran al mismo lord Jorge, á quien elogiaba en primer lugar por su firme protestantismo y por su genio oratorio, en segundo lugar por sus ojos, por su nariz y por sus piernas, y finalmente, por el conjunto de su persona que creia pintiparada para honrar una estatua modelo de principe ó de ángel.

La señora Varden, que participaba sobre este punto de las opiniones de Miggs, aprovechó la ocasion para mirar sobre la chimenea una caja pintada, que imitaba una casa de ladrillos muy rojos, con un tejado amarillo y su correspondiente chimenea por donde los suscritos voluntarios echaban sus monedas de oro, plata ó cobre en el comedor, y con su puerta donde se leian estas dos palabras: Asociacion Protestante. Y mientras la miraba declaró que era para ella motivo de desgarradora afliccion el pensar que Varden nunca habia echado nada en aquel templo á excepcion de cierto día en que introdujo secretamente, como lo habia descubierto mas adelante, dos fragmentos de pipa, profanacion de la que deseaba no se la hiciese responsable el día del juicio final. Manifestó despues, y le causaba pena el decirlo, que Dorotea no era menos morosa en su contribucion, y que preferia al parecer comprar cintas y objetos mundanos á fomentar la gran causa, sometida en aquel entonces á tan terribles tribulaciones. La suplicaba, pues, (porque en cuanto á su padre temia que fuese incorregible), la suplicaba que no despreciase, sino por el contrario imitase el brillante ejemplo de Miggs que arrojaba sus propinas por decirlo así á la cara del papismo á riesgo de romperle las narices con todo su salario.

— No hableis de eso por favor, ama mia, dijo Miggs. Deseo que nadie lo sepa. Sacrificios como los que yo puedo hacer son el óbolo de la viuda. Doy cuanto tengo, exclamó Miggs prorumpiendo en llanto, porque en ella las lágrimas brotaban siempre de pronto como lluvia de nube de verano, pero es grande la recompensa, sí, muy grande.

Esto era completamente cierto, aunque no en el sentido que indicaba Miggs. Como no dejaba nunca de consumir sus sacrificios generosos en presencia de la señora Varden, esto le acarrecaba tan numerosos regalos de gorras, vestidos y otros artículos de tocador, que en total, la casa de ladrillos rojos era sin duda la mejor caja de imposicion que podia encontrar para sus capitales, porque ia tal casa la reituaba un interés de siete ú ocho por ciento en metálico y de cincuenta al menos en reputacion personal y aprecio.

— No hay motivo para llorar, Miggs, dijo la herrera llorando tambien. No debeis estar avergonzada, aunque tengais en esto la misma desgracia que vuestra pobre señora.

Miggs, al oir esta observacion, sollozó como un perro que aulla diciendo que sabia que maese Varden la odiaba; que era muy terrible vivir dependiente, entre la espada y la pared, sin poder agradar á todo el mundo; que no podia soportar ni aun por pensamiento la acusacion que se le hacia de sembrar la cizaña y que sus sentimientos no le permitian representar por mas tiempo un papel tan abyecto; que si su amo deseaba desprenderse de ella, lo mejor seria separarse cuanto antes, y que lo único que deseaba era que fuese dichoso, porque solo queria el bien y pedia al cielo que le buscase un amo que la apreciase como merecia. Será una dolorosa prueba separarme de una dueña tan buena, continuó, pero era capaz de soportar cualquiera calamidad cuando la conciencia le dictaba que estaba en el camino recto, y esto le infundia valor para resignarse con su suerte. No creia, añadió, que sobreviviere mucho tiempo á tales separaciones, pero ya que la aborrecian y la miraban con disgusto, lo que mas deseaba en el mundo era morir, pero morir muy pronto. Cuando llegó á esta desgarradora conclusion, Miggs vertió nuevas lágrimas y sollozó como una Magdalena.

— ¿ Puedes sufrir esto, Varden? dijo la herrera con voz solemne y enarbolando el tenedor y el cuchillo.

— Bastante hago, respondió el herrero, con escuchar sin salirme de mis casillas.

— No quiero que riñais por mí, señora, dijo Miggs suspirando. Mejor será que nos separemos. ¡ Misericor-

día divina! ¿ Creéis que quiero quedarme para causar disensiones? No, no me quedaria ni aun por una mina de oro.

Temiendo que al lector le costará trabajo descubrir el motivo de la profunda emocion de Miggs, haremos un paréntesis y le diremos al oido que, como siempre estaba de acecho, habia oido en el momento en que Gabriel y su esposa hablaban en la tienda, la broma del herrero relativa á aquel negrillo raptor, y no habia podido contener la explosion de los sentimientos de despecho que este sarcasmo habia despertado en su hermoso seno. Las cosas llegaron entonces á su crisis, y el herrero, que deseaba la paz y la tranquilidad de la familia, trató de intervenir en el asunto, y dijo:

— ¿ Por qué lloras, muchacha? ¿ Qué sucede? ¿ Por qué he de aborrecerte? Yo no te aborrezco, ni aborrezco á nadie. Enjuga las lágrimas, aleja las penas, y no nos hagamos mas desgraciados de lo que realmente somos.

Las potencias confederadas, juzgando que seria buena táctica considerar estas palabras como una excusa suficiente del enemigo comun y como una confesion de sus agravios, enjugaron las lágrimas y se dieron por satisfechas. Miggs advirtió que no queria mal á nadie ni aun á su mayor enemigo, y que le amaba por el contrario mas cuanto mas cruel era su persecucion, y la herrera aprobó completamente este espíritu de mansedumbre y de clemencia, y declaró incidentalmente, como si hubiera sido una de las cláusulas del tratado de paz, que Dorotea la acompañaria aquella misma noche á la reunion de la Asociacion que se celebraria en Clerkenwell.

Esto fué un ejemplo extraordinario de su gran prudencia y su política. Hacia mucho tiempo que aspiraba á este resultado, y como suponía secretamente que el herrero, que era siempre atrevido cuando se trataba de su hija, no dejaria de hacer objeciones, si habia sostenido con tanto empeño á Miggs era para obtener una concesion. La maniobra tuvo el mas feliz éxito, Gabriel se contentó con hacer un gesto de disgusto, y para no atraerse una segunda escena como la anterior, no se atrevió á desplegar los labios.

Miggs recibió de la señora Varden un vestido y de Dorotea media corona en recompensa de haberse distinguido en la senda de la virtud y la santidad.

La señora Varden, segun su costumbre, manifestó la esperanza de que lo que acababa de suceder seria para Varden una leccion que le enseñaria á observar en lo sucesivo una conducta mas generosa.

Habiéndose enfriado la comida, y como no habia dado mucho apetito esta escena, continuaron comiendo, segun dijo la señora Varden, como cristianos.

Aquella tarde habia gran parada de los voluntarios realistas de Londres oriental, y el herrero no volvió á trabajar, sino que se sentó con toda comodidad, con la pipa en la boca y el brazo en torno de la cintura de su linda hija, mirando de vez en cuando á su esposa con expresion amable y presentando desde la cabeza hasta los pies una superficie risueña de buen humor. Y á buen seguro que era el padre mas orgulloso de toda Inglaterra cuando llegó la hora de vestirse el uniforme, y Dorotea, suspendiéndose en torno suyo con toda clase de actitudes graciosas y seductoras, le ayudó á abotonarse, á peinarse, á cepillarse y á encajonarse en uno de los uniformes mas estrechos que cortara jamás sastre alguno en el mundo.

— ¡ Qué picarilla es y qué lista! dijo el herrero á su esposa que estaba en pie admirándole con los brazos cruzados (porque á pesar de todo estaba enorgullecida con su marcial esposo), en tanto que Miggs le entregaba el morrion y el sable desde una vara de distancia como si temiera que al arma le diese la ocurrencia de atravesar el cuerpo de alguno. Pero, Dorotea, querida hija mia, no te cases con militar.

Dorotea no preguntó por qué ni dijo una palabra, pero bajó mucho la cabeza para abrochar el cinturón.

— No me pongo nunca este uniforme, dijo el honrado Gabriel, sin que me acuerde del pobre José Willet. Le queria mucho. ¡ Pobre José!... ¡ Cáspera! niña, no aprietes tanto.

Dorotea se puso á reir, pero no era su risa habitual; era una risa tan extraña, que parecia mas bien llanto, y al mismo tiempo bajó aun mas la cabeza.

— ¡ Pobre José! continuó el herrero pronunciando entre dientes estas palabras. ¿ Por qué no vino á consultarme? Todo se hubiera arreglado. El tio Juan se equivocaba, sí, se equivocaba de medio á medio al tratar con dureza á su hijo... Pero, muchacha, ¿ no acabarás de abrochar el cinturón?

Forzosamente debia estar muy mal hecho aquel dichoso cinturón, porque acababa de desprenderse y de caer al suelo. Dorotea se vió obligada á arrodillarse y á luchar con el rebelde broche.

— ¿ A qué viene ahora hablar de José Willet? dijo la herrera frunciendo las cejas. ¿ No podias hablar de cosas de mas interés?

Miggs exhaló un murmullo ronco y desapacible que tenia el mismo sentido.

— No seamos tan severos con él, Marta, dijo el herrero. Si ese joven ha muerto, honremos al menos su memoria con nuestro afecto.

— ¡ Un fugitivo... un vago!

Miggs manifestó de la misma manera que antes que participaba de la opinion de su señora.

— Un fugitivo en hora buena, pero no un vago, repuso con amabilidad el herrero. José era un muchacho honrado y juicioso. ¡ Un vago! no seas injusta, Marta.

La señora Varden tosió, y tambien tosió Miggs.

— Y que hacia cuanto le era posible para granjearse

tu aprecio, Marta, añadió el herrero sonriendo y acariciándole la barba. Sí, el pobrecillo hacia lo que podía. Me acuerdo como si fuera ayer que una noche me siguió á la puerta del Maypole, y me suplicó que no dijera que le trataban como un niño... que no lo dijera aquí, en casa, aunque confieso que no le comprendí bien entonces. Y siempre que me encontraba, me decía con tanto afán: «¿Cómo está Dorotea?» ¡Pobre muchacho!

— ¡Señor... señor! ¡Misericordia divina! exclamó Miggs.

— ¿Qué hay? ¿qué te ha dado? preguntó Gabriel volviéndose precipitadamente hacia la criada.

— ¿No veis que la señorita Dorotea, dijo Miggs bajándose para mirarla mejor, está hecha un mar de lágrimas? ¡Oh señora! ¡Oh señor! estoy tan trastornada, exclamó la impresionable camarera apretándole el costado con la mano para contener las palpitaciones de su corazón, que me caería muerta si me tocáseis con la punta de una pluma.

El herrero, despues de lanzar una mirada á Miggs como si hubiera deseado que le trajesen en el acto una pluma, dirigió sobresaltado sus ojos hacia Dorotea que huía seguida de la simpática y tierna Miggs. Se volvió despues hacia su esposa, y le dijo:

— ¿Si estará enferma Dorotea? ¿Qué le he hecho yo? ¿Es culpa mía?

— ¡Culpa tuya! exclamó la señora Varden con acento de reproche. Sí. Debias haberte marchado antes.

— ¿Qué he hecho yo? dijo el pobre Gabriel. Habíamos convenido en que nunca se pronunciaría el nombre de Eduardo, pero no he hablado de él. ¿Le he nombrado acaso?

La señora Varden respondió únicamente que no tenía paciencia para escucharle, y corrió en pos de Miggs y de su hija.

El desventurado herrero se abrochó el cinturón, se ciñó el sable, se puso el morrión y salió.

— No estoy muy diestro en el ejercicio, dijo en voz baja, pero antes aprenderé á manejar las armas que las mujeres. Cada hombre viene al mundo para alguna cosa, pero veo que mi destino es hacer llorar á todas las mujeres á pesar mio.

Sin embargo, aun no habia llegado al extremo de la calle cuando ya se habia olvidado de este incidente, y continuó su camino con el rostro radiante, haciendo un ademán de cabeza al pasar por delante de cada vecino y esparciendo en torno suyo sus saluciones amistosas como una blanda lluvia de primavera.

XLII.

Los voluntarios realistas de Lóndres orientel presentaron aquel dia un brillante espectáculo; formados en líneas, en cuadros, en círculos, en triángulos, por mitades, por cuartas, por batallones y columna cerrada á tambor batiente y con banderas desplegadas, ejecutaron un inmenso número de evoluciones complicadas, y el sargento Varden fué uno de los que mas se distinguieron. Despues de haber desplegado hasta el último punto su proeza militar en estas escenas guerreras, marcharon al paso, con un órden deslumbrante, hacia Chelsea Bun-House y se solazaron hasta la noche en las tabernas adyacentes. Despues, al redoble del tambor, volvieron á formar, y regresaron entre los vítores de los vasallos de S. M., al sitio de donde habian salido.

Esta marcha hacia sus casas se retardó algun tanto á causa de la conducta poco militar de ciertos cabos, caballeros de hábitos tranquilos en la vida privada, pero muy excitables fuera de casa; rompieron á culatazos los cristales de varias ventanas, y pusieron al comandante en jefe en la imperiosa necesidad de someterlos á la custodia de una fuerte escolta, con la cual se batieron á intervalos á lo largo del camino. Por esta razon el herrero no llegó á su domicilio hasta las nueve de la noche. Un coche de alquiler esperaba cerca de la puerta, y en el momento de entrar M. Haredale sacó la cabeza por la portezuela y le llamó por su nombre.

— Hé aquí una vista que puede curar las oftalmias, señor Haredale, dijo el herrero acercándose al coche. Siento que no hayais entrado en casa.

— Segun parece, no hay nadie, respondió M. Haredale. Deseo tener con vos una conversacion reservada.

— ¡Cómo! dijo el herrero mirando en torno suyo. ¡Habrán salido con Simon Tappertit, sin duda para ir á esa famosa Asociación!

M. Haredale le invitó á subir al coche, y si no estaba cansado ó no tenia urgencia de entrar en casa, á dar un paseo para hablar un rato á solas.

Gabriel consintió con gusto, y el cochero subió al pescante y arreó los caballos.

— Varden, dijo M. Haredale despues de una pausa de un minuto, os asombrará el proyecto que me trae á Lóndres.

— Creo que será razonable y muy sensato, señor, repuso el herrero, ó de lo contrario habrais cambiado de carácter. ¿Hace mucho que llegásteis á la ciudad?

— Apenas hace media hora.

— ¿Traeis noticias de Bernabé y de su madre? preguntó el herrero con inquietud. ¡Ah! no teneis necesidad de mover la cabeza, señor. Era una caza muy difícil; ya me lo figuré desde un principio. Y por otra parte, despues de haber trascurrido tanto tiempo desde que partieron, habia pocas esperanzas de salir con bien en esta empresa.

— ¿En dónde estarán? dijo M. Haredale con impa-

ciencia, ¿En dónde pueden estar? ¿Si habrán muerto?

— Dios lo sabe, respondió el herrero. Hay mas de uno que conoció tambien hace cinco años, y que duerme ahora debajo de tierra. ¡Y es tan grande el mundo! Creedme, señor, es una tentativa sin esperanza. Debemos dejar el descubrimiento de este misterio, así como de todos los demás, al tiempo, á la casualidad y á la voluntad del cielo.

— Varden, amigo mio, dijo M. Haredale, siento un afán irresistible por continuar mis pesquisas. No lo hago por puro capricho, no lo hago porque se despierten en mí antiguos deseos, no; es un designio vehemente, solemne. Todos mis pensamientos, todos mis sueños lienden á fijarlo mas y mas en mi alma. No gozo de reposo de dia ni de noche, no encuentro tregua ni paz; es una pasión que domina todo mi sér.

Se advertia tal alteracion en el acento habitual de su voz y sus ademanes indicaban tan viva emoción, que Gabriel, en medio de su asombro, permaneció sentado mirándole en la oscuridad para tratar de adivinar la expresion de su rostro.

— No me pidais explicaciones, continuó M. Haredale. Si os las diera, me creeriais víctima de una repugnante alucinacion. Básteos saber que es cierto lo que os digo, que no puedo descansar tranquilamente en el lecho y paso la noche en tareas que os parecerian incomprendibles.

— ¿Desde cuándo, preguntó el cerrajero despues de una pausa, sois víctima de esa penosa sensacion?

M. Haredale vaciló algunos momentos, y despues contestó:

— Desde la noche de la tempestad, en una palabra, desde el 19 de marzo.

Y como si temiera que Varden manifestara sorpresa ó quisiera discutir con él, se apresuró á continuar diciendo:

— Os figurais, no hay duda, que soy víctima de una ilusion. Tal vez sea en efecto una ilusion, pero en todo caso nada tiene de locura, pues es un acto de mi cerebro en su estado mas sano y racionando sobre hechos muy reales. Ya recordareis que la viuda dejó sus muebles en la casa que habitaba. Desde su partida, esta casa ha continuado cerrada por órden mio, exceptuando una ó dos veces á la semana que una vecina va á hacer su visita para abrir las ventanas y barrerla. Allí voy ahora.

— ¿Con qué objeto? preguntó el herrero.

— Con el de pasar la noche, respondió, y no solo esta noche sino muchas otras. Es un secreto que os confío para el caso de un acontecimiento inesperado. No vengais á verme sino cuando haya una necesidad apremiante. Estaré allí desde el anochecer hasta la mañana siguiente. Emma, vuestra hija y los demás me suponen lejos de Lóndres, como estaba hace una hora.

Y como si deseara cambiar de conversacion, M. Haredale recordó al herrero confundido la noche en que encontró en el Maypole al bandido, el robo perpetrado en la carretera y la puñalada que recibió aquella misma noche Eduardo Chester, la nueva aparicion del bandido en casa de la viuda y todas las extrañas circunstancias que mediaron despues. Le dirigió como para pasar el rato algunas preguntas sobre la estatura, la cara, la voz y la figura de aquel hombre, le preguntó si se parecia á alguno que hubiera visto en otro tiempo, y le hizo varias otras preguntas de esta clase que el herrero consideró como asuntos imaginados para distraer su atencion y desvanecer su asombro. Por este motivo respondió sin fijarse en lo que decia.

Llegaron por fin á la calle donde estaba la casa. M. Haredale bajó del coche y pagó al cochero.

— Si quereis ver cómo estoy hospedado, dijo volviéndose á Varden con una sombría sonrisa, subid conmigo.

Gabriel, para quien todas las maravillas pasadas no eran nada en comparacion de aquella, le siguió en silencio por la acera hasta que llegaron á la puerta.

M. Haredale la abrió con una llave que sacó del bolsillo, y volvió á cerrarla cuando entró Varden.

Se encontraron entonces en la mas completa oscuridad, y llegaron á tientas hasta la sala del piso bajo.

Haredale encendió una vela que tambien llevaba en el bolsillo, y entonces, á la luz que le alumbraba de lleno, pudo ver el herrero que estaba pálido, hosco y demudado, que estaba extenuado y macilento, y que todo su exterior correspondia perfectamente á las extrañas palabras que habia pronunciado en el coche.

Era un movimiento muy natural en Gabriel, despues de todo lo que habia oido, observar con curiosidad la expresion de sus ojos, y la encontró llena de calma y de buen sentido, hasta el punto de que, avergonzándose de sus sospechas pasajeras, bajó sus propios ojos cuando M. Haredale le miró, temiendo que revelasen lo que pensaba.

— ¿Quereis que examinemos la casa? dijo M. Haredale dirigiendo una mirada á la ventana, cuyas hojas poco sólidas estaban cerradas y reforzadas con barras. Hablad en voz baja.

Aquella casa inspiraba tal terror, que hubiera sido difícil hablar de otro modo.

Gabriel murmuró un sí, y siguió á Haredale por la escalera.

Todo se hallaba como lo habia visto en otro tiempo, y únicamente se respiraba allí un olor de aposento cerrado procedente de la poca ventilacion, y reinaba una oscuridad pesada como si un largo encarcelamiento hubiera hecho mas lúgubre aun el mismo silencio. Las bastas cortinas de la alcoba y de las ventanas caian á pedazos y se veia una recia capa de polvo en sus plie-

gues; la humedad se habia abierto paso al través de los techos, de las paredes y del pavimento, el cual crujia bajo sus piés como si se rebelara contra los insólitos pasos de algun intruso; ágiles arañas paralizadas por el brillo de la vela, suspendian el movimiento de sus cien patas en la pared ó se dejaban caer al suelo como cosas inanimadas; el gusano roedor hacia resonar su ric-rac fúnebre, y se oia detras del maderaje el movimiento y aleteo de los ratones y murciélagos.

Al contemplar aquellos descalabrados muebles, se asombraron los dos de la viveza de imágenes con que les representaron los séres á que habian pertenecido y que se servian de ellos en otro tiempo para sus usos familiares: Grip parecia aun suspendido sobre la silla de alto respaldo, Bernabé acurrucado en su antiguo rincón favorito cerca del fuego, y su madre sentada y mirando melancólicamente al pobre idiota. Y aun cuando podian alejar de su mente estos objetos visibles de los fantasmas que habian desaparecido, estos fantasmas se ocultaban tan solo de su vista, pero permanecian á su lado, y parecia que les acechaban desde el fondo de los aposentos ó por detras de las puertas, prontos á salir de allí de golpe para hablarles con sus voces tan conocidas.

Bajaron la escalera y volvieron al aposento de donde habian salido algunos momentos antes.

M. Haredale se quitó la espada y la colocó sobre la mesa con un par de pistolas de bolsillo, y despues dijo al herrero que iba á alumbrarle hasta la puerta.

— ¿Sabeis que habeis elegido un hospedaje nada alegre? dijo Gabriel que se retiraba contra su gusto. ¿No quereis que os acompañe nadie?

M. Haredale movió la cabeza y manifestó tan positivamente su deseo de estar solo, que Gabriel no se atrevió á insistir, y un momento despues el herrero estaba en la calle, desde donde vió que la luz subia otra vez al primer piso, y que no tardaba en descender al cuarto bajo y á brillar al través de las rendijas de las ventanas.

El herrero se retiró á su casa apesadumbrado é inquieto, y hasta cuando se vió cómodamente sentado junto á la chimenea, teniendo enfrente á su esposa con gorra de dormir, á su lado á Dorotea con su traje de casa mas asesino, rizándose los cabellos y sonriendo como si no hubiera llorado en toda su vida ni debiera llorar jamás, á Tobias al alcance de su mano y la pipa en la boca, y finalmente á Miggs (pero no incluyamos á esta chismosa en el cuadro) durmiendo en un rincón, hasta entonces se sentia dominado por su profunda sorpresa y su viva inquietud. Lo mismo sucedió en sus sueños, en los que vió á M. Haredale macilento, pálido, huraño, devorado por el dolor, escuchando en la casa desierta el menor rumor, el menor movimiento al resplandor de la vela que brillaba al través de las rendijas hasta que la luz del nuevo dia la apagaba y daba fin á su solitaria vigilia.

XLIII.

El herrero continuaba en la mañana siguiente dominado por la misma inquietud que no pudo desvanecer en muchos dias. Sucedia con mucha frecuencia que despues de anochecer entraba en la calle y dirigia sus miradas á la casa misteriosa, donde estaba seguro de ver la luz solitaria brillando siempre al través de las hendeduras de las ventanas, cuando todo parecia dentro mudo, inmóvil y triste como una tumba.

No atreviéndose á perder la amistad de M. Haredale desobedeciendo sus mandatos y súplicas afectuosas pero terminantes, nunca se aventuraba á llamar á la puerta ó á revelar su presencia; pero lo cierto es que siempre que el atractivo de un vivo interés y de una curiosidad no satisfecha le impulsaba hacia aquella casa, la luz brillaba al través de las ventanas.

Aun cuando hubiera sabido lo que pasaba dentro, no hubiese adelantado mucho, ni le hubiese dado esto la clave de aquellas vigiliias misteriosas.

M. Haredale se encerraba en su casa al anochecer y salia al despuntar el dia.

Todas las noches sucedia lo mismo, y entraba y salia solo, sin variar en lo mas mínimo sus costumbres.

Hé aquí cómo pasaba la noche.

Al acercarse el crepúsculo entraba en su casa del mismo modo que el dia en que le habia acompañado el herrero; encendia una vela, recorria las habitaciones, examinándolas con la mayor detencion; volvia á descender á la sala del piso bajo, dejaba la espada y las pistolas sobre la mesa, y se sentaba delante hasta la mañana siguiente.

Casi siempre llevaba consigo un libro que con frecuencia trataba de leer, pero sin poder jamás fijar sus ojos ó su pensamiento en sus páginas cinco minutos seguidos. El mas leve rumor en la calle le llamaba la atencion y parecia que no podia resonar un paso en la acera sin que le hiciera estremecer.

No pasaba las largas horas de soledad sin tomar alimento. Por lo regular llevaba en el bolsillo jamon ó carne fiambre, con una botella de vino, del cual echaba algunas gotas en una gran cantidad de agua, y bebia este sobrio licor con ardor febril, como si tuviera la garganta abrasada.

Si era cierto, como parecia dispuesto á creerlo tras maduras reflexiones, que este sacrificio voluntario de suñ y de bienestar debia atribuirse á la expectation supersticiosa de la aparicion de una vision ó de un sueño en relacion con el acontecimiento que dominaba su alma exclusivamente hacia tantos años; si era cierto

que esperaba la visita de algun aparecido que recorria la campiña en las horas en que todos los demás hombres duermen tranquilamente en su lecho, no manifestaba nunca el menor indicio de temor ó vacilacion. Sus sombrías facciones expresaban una resolucion inflexible; sus cejas fruncidas y sus labios apretados anunciaban una decision firme y profunda, y cuando se estremecia al mas leve rumor con el oido atento, no era el estremecimiento del miedo sino mas bien el de la esperanza, porque al momento empuñaba la espada, como si hubiera llegado por fin la hora propicia, y escuchaba con avidez, con mirada brillante y ademan impaciente hasta que el rumor se extinguia en medio del silencio.

Estos chascos eran frecuentes, porque se repetian á cada rumor de la calle, pero no debilitaban su constancia. Siempre, todas las noches, estaba allí en su puesto como un centinela lúgubre y sin sueño.

Pasaba la noche, asomaba el nuevo día, y aun velaba.

Y así veló durante largas semanas.

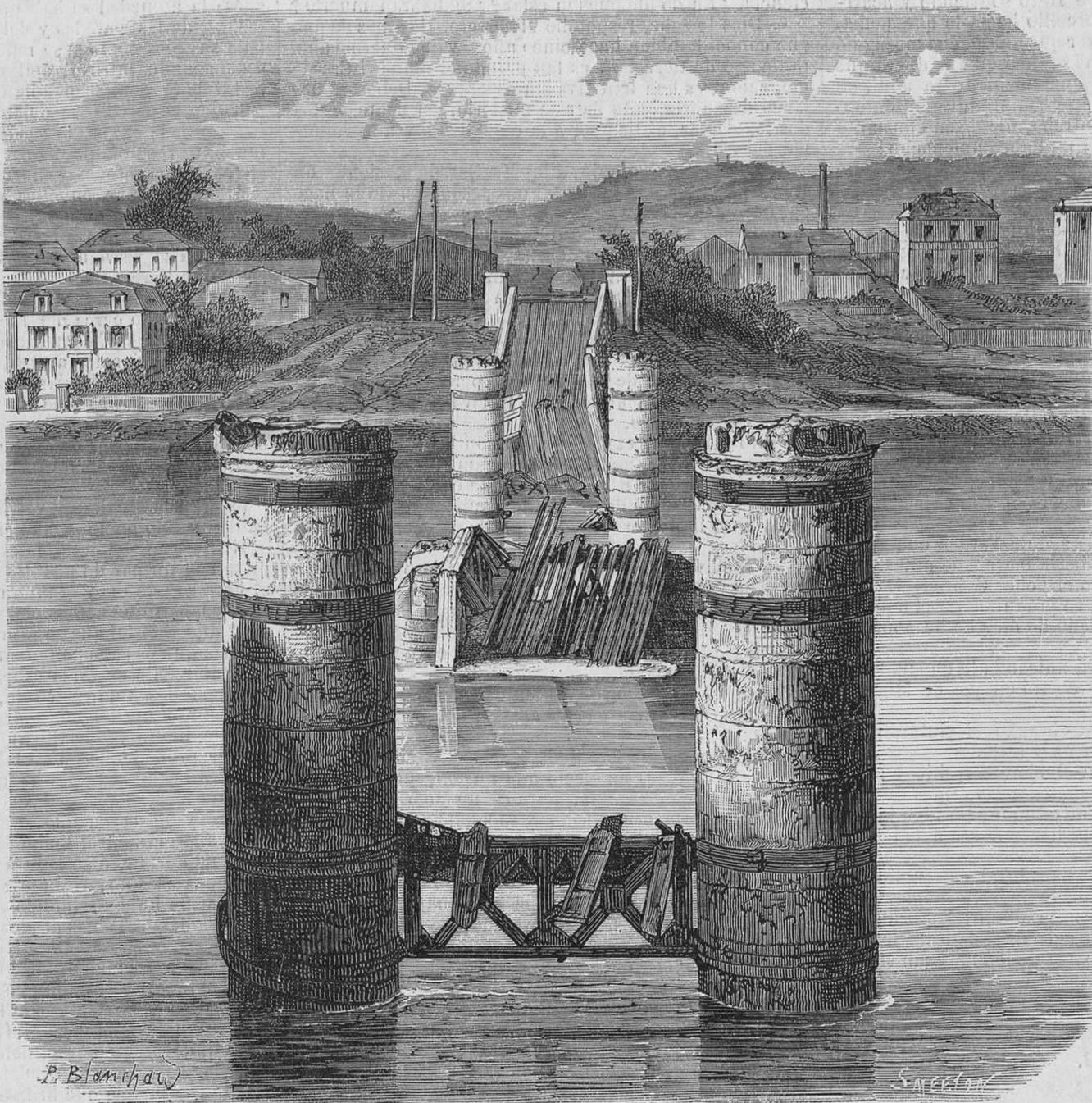
Habia tomado una habitacion amueblada en el Vaux-hall para pasar el dia y disfrutar de algun descanso, y desde allí á favor de la marea, iba por lo comun por el rio desde Westminster á London-Bridge para evitar las calles populosas.

Una tarde, pocos momentos antes del crepúsculo, seguia su acostumbrado camino á lo largo del rio, con intencion de pasar por la sala de Westminster-Hall y despues por el patio del palacio, para ir á tomar la barca de London-Bridge.

Se veia bastante gente reunida en las cercanías de las cámaras para ver entrar y salir á los individuos del Parlamento á quienes acompañaban en sus ruidosas aclamaciones ó con murmullos y silbidos segun sus opiniones conocidas, y al cruzar por la multitud oyó dos ó tres veces el grito de « ¡No mas papismo! » que no era nuevo para su oido, pero no hizo el menor caso al ver que salia de un grupo de ociosos de infima clase, y continuó su camino con la mayor indiferencia.

Se veian en la sala de Westminster pequeños grupos dispersos, en medio de los cuales algunos en reducido número elevaban los ojos hácia la majestuosa bóveda del edificio, iluminada por los postreros fulgores del sol cuyos oblicuos rayos enrojecian los cristales antes de extinguirse en la sombra; otros, transeuntes ruidosos, trabajadores que regresaban á sus casas al salir de sus talleres, apresuraban el paso, despertando con sus animadas voces los ecos sonoros, y tapando la luz de la angosta puerta lejana cuando salian de la sala para continuar su camino; otros, en conversacion formal sobre negocios políticos ó personales, se paseaban con lentitud de un extremo á otro, con los ojos fijos en el suelo y pareciendo ser todo oidos de piés á cabeza para escuchar lo que se decia; aquí media docena de pilluelos, encaramándose unos sobre otros como si quisieran hacer de Westminster una verdadera torre de Babel; allá un hombre aislado, medio pasante, medio mendigo, se paseaba á pasos contados, acosado por el hambre que se revelaba en la desesperacion de sus facciones, codeado al pasar por algun muchacho cargado de una cesta y hendiendo con sus penetrantes gritos las vigas del techo, en tanto que un estudiante, mas discreto y sobre todo mas prudente, se paraba á medio camino para ponerse la pelota en el bolsillo al ver al conserge que acudia desde lejos refunfuñando.

Era la hora del dia en que si uno cierra un momento



Estado actual del puente de Argenteuil en las cercanías de Paris.

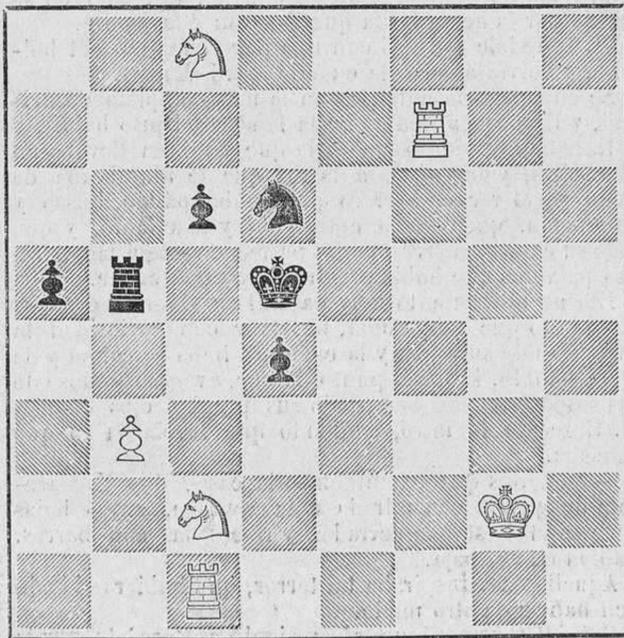
### Problemas de ajedrez.

#### Solucion del número 341

- |                       |                     |
|-----------------------|---------------------|
| 1. Ra 2ª Ra           | T 4ª CRª            |
| 2. C 8ª ARª           | C toma Ra ó P 5ª AR |
| 3. Ra ó C jaque-mate. |                     |

#### PROBLEMA NÚMERO 342, POR M. J. WELLER.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

Sin embargo, aquellos dos hombres no ofrecian nada de notable, porque es muy comun ver á ciertas personas hacer una corte servil á un rico traje acompañado de un hermoso baston, sin que queramos hablar aquí de los bastones de puño de oro ó de plata de nuestros señores los lores, ni de las varitas oficiales de nuestros magistrados.

Pero en aquel caballero tan bien vestido, y lo mismo en el otro, se veia cierta cosa que produjo á M. Haredale una sensacion desagradable, pues vaciló, se paró, y se disponia á alejarse para evitar su encuentro, cuando al mismo tiempo, habiéndose vuelto de pronto los dos caballeros, se encontraron frente á frente de él antes de poder alejarse.

El caballero del baston levantó el sombrero y principiaba á excusarse del imprevisto choque, y M. Haredale se apresuraba á aceptar la satisfaccion y á evadirse, cuando se paró de pronto y exclamó:

— ¡Qué veo! Es Haredale... ¡Extraña casualidad!

— Es cierto, respondió M. Haredale con impaciencia. Sí, yo...

— Querido amigo, dijo el otro deteniéndole, llevas mucha prisa. Un minuto, Haredale, en nombre de nuestra antigua amistad.

— En efecto, estoy de prisa, y como ni uno ni otro deseábamos esta entrevista, lo mejor será abreviarla. ¡Buenas tardes!

— No lo permitiremos, repuso sir Chester, porque era él, no lo permitiremos. Casualmente estábamos hablando de vos. Tenia aun vuestro nombre en la boca, y tal vez lo habreis oido pronunciar... ¿No? Lo siento, lo siento en verdad. Supongo que reconocereis á este amigo, Haredale, y por él decia que era una extraña casualidad.

El amigo en cuestion, que no las tenia todas consigo, se habia tomado la libertad de tocar con el codo á sir Chester y de darle á entender, con toda clase de signos y guiños que deseaba evitar aquella presentacion; pero como esto no entraba en las miras de sir Chester, hizo ver que no se apercibia de aquellas súplicas mudas, y le señaló con la mano al mismo tiempo que decia « este amigo » para llamar mas particularmente sobre él la atencion.

(Se continuará.)